

Monergism

# THE VANITY OF THIS MORTAL LIFE



**J O H N   H O W E**

Monergism

# THE VANITY OF THIS MORTAL LIFE



JOHN HOWE

# La vanidad de esta vida mortal

por John Howe

De las obras de John Howe en 3 volúmenes

Reimpreso en 1848 por William Tegg and Co., Londres

## TABLA DE CONTENIDO

AL MERECEMENTE HONRARADO JOHN UPTON

LA VANIDAD DEL HOMBRE COMO MORTAL

## A LOS MERECIDAMENTE HONRIDOS

JOHN UPTON, ESQ., DE LUPTON,

CON LAS MUCHAS RAMAS SOBREVIVIENTES ANTERIORMENTE SALIDAS  
FUERA DE ESA FAMILIA RELIGIOSA, Y LOS DIGNOS  
CONSORTES DE CUALQUIERA DE ELLAS

YA QUE el lote de las páginas siguientes se expone a la vista del público, hay algo de justicia en ello, para ustedes o para mí, que el mundo también sepa en qué han contribuido varios de ustedes; que si algo redunde por tanto en provecho público, se entienda que se debe en parte a vosotros; o, si se considera un

molestia inútil, de esta manera representar cosas, tan obvias para el conocimiento común, y de las cuales ya se ha dicho tanto, toda la culpa de la publicación no se me imputa (como no pertenece) a mí solo. Pero debo pedir aquí su excusa, que, por este motivo, les doy una narración de lo que (en su mayor parte) ya saben, y posiblemente no les guste recordar; tanto porque ahora se ha vuelto conveniente que otros también lo sepan, y no es necesario ponerlo en un prefacio distinto; y porque para vosotros el repaso de esos pasajes menos agradables puede estar acompañado de un fruto que puede ser alguna recompensa por su falta de placer.

Por lo tanto, dé permiso al lector para que tome nota, y que no le entristece que le recuerde que después de esto, su pariente más cercano,\* (cuya muerte dio ocasión a las meditaciones siguientes) había vivido desde su juventud entre veinte y treinta años. años de su edad en España, tu importunidad conjunta había obtenido al fin de él la promesa de volver; de lo cual, cuando estabas en una expectativa algo cercana, una enfermedad repentina en tan pocos días lo desembarcó en otro mundo, que el primer aviso que tuviste de su muerte o enfermedad, fue por la llegada de ese barco (vestido con traje de luto) que, según su propio deseo en su enfermedad, llevó el cuerpo abandonado a su lugar natal de Lupton; para que allí pudiera encontrar una tumba, donde recibió por primera vez un alma; y obtener una mansión en la tierra, donde primero se hizo uno a un espíritu razonable. Un poco antes de este tiempo, el deseo de una entrevista entre ustedes (que la lejanía de sus viviendas permitía no ser frecuente) había inducido a varios de ustedes a fijar una reunión en algún lugar intermedio, por lo que la molestia de un largo viaje podría ser conveniente. compartida entre vosotros. Pero, antes de que la resolución acordada pudiera tener su cumplimiento, interviniendo este triste e inesperado acontecimiento, alteró el lugar, la ocasión y el propósito de vuestra reunión; pero efectuó la cosa en sí, y reunió no menos de veinte, los hermanos y hermanas del difunto, o sus consortes, además de sus muchos sobrinos y sobrinas y otros parientes, a la triste solemnidad del entierro. Durante el tiempo que estuvimos juntos en este triste relato, este pasaje del salmista en el que insistimos

una ocasión, que (aunque entonces, puede ser, desconocida para la mayoría de ustedes) fue algo rara, y no indigna de observación; verbigracia. que uno de vosotros, habiéndose sorprendido algún tiempo antes con una tristeza inusitada, unida a la expectativa de malas nuevas, sin causa conocida, tuvo una inculcación tan urgente de aquellas palabras, que no pudo contener el revolverlas gran parte de la primera parte de ese día, en la última parte del cual se trajo el primer aviso a ese lugar de este tan cercano fallecimiento de un pariente.

Ciertos meses después, algunos de ustedes, con quienes entonces estaba familiarizado en Londres, me importunaron para que tuviera algo de mí por escrito sobre ese tema. A lo que finalmente accedí, con una súplica de advertencia, de que tal vez no llegara a muchas manos, sino que permaneciera (como era la ocasión) entre ustedes. Tampoco negaré que haya sido algún incentivo para mí para aplicar mis pensamientos a ese tema, que había sido tan sugerido como se dijo. Porque tales presagios y moradas, como los mencionados anteriormente, puede pensarse razonablemente que se deben a algún principio más estable y universal que la casualidad o la propia imaginación del partido; por cuya recomendación más noble (que tan sombría premonición llevara consigo no sólo lo que debe afligir, sino también instruir y enseñar) este tema parecía ofrecido a nuestra meditación. En consecuencia, por lo tanto, después de mi regreso al lugar de mi morada, redacté apresuradamente la sustancia del siguiente discurso; la cual, hace un año, transmití en manos de quienes me la desearon, sin reservarme copia alguna. Por esto se me hizo difícil, en el presente, cumplir (además de diversas consideraciones que pudiera tener contra la cosa misma) con aquella solicitud conjunta de algunos de ustedes (en una carta, que mi traslado a otro reino ocasionó que llegara mucho después a mis manos) que daría mi consentimiento para que estos documentos se hicieran públicos. Porque, como tengo motivos para estar consciente de las desventajas suficientes para desalentar cualquier empresa de ese tipo; por lo tanto, soy especialmente consciente de que un tratamiento tan rápido y superficial de un tema tan importante (aunque su ocasión y diseño privados al principio podrían hacerlo excusable para los pocos amigos a quienes estaba destinado) no puede sino estar s

muchos a quienes los discursos de este tipo deberían servir mejor. Y, por tanto, aunque mi voluntad de ser útil a mantener viva la aprensión y la expectativa de otro estado, mi valor de vuestros juicios que conciben lo que aquí se hace puede ser útil a ello, y mis peculiares respetos a vosotros mismos, los miembros y apéndices de un familia con la que (además de alguna relación) tengo muchas obligaciones y cariños, prevalece conmigo para no negarlo por completo; sin embargo, perdónenme por haber suspendido mi consentimiento a esta publicación, hasta que algunos de ustedes me envíen una copia, para mi necesaria revisión de una producción tan apresurada; para que no pudiera ofrecer a la vista del mundo lo que, después de haberlo escrito, apenas había superado el mío. Y ahora, después de tanto tiempo de espera, esos papeles han llegado a mis manos esta última semana. Aquí los devuelvo con poca o ninguna alteración; excepto, que lo que más directamente se refería a la ocasión, hacia el final, se transfiere aquí; pero con la adición de casi toda la parte directiva del uso; las cuales someto juntas a vuestro gusto y disposición.

Y ahora me tomo la libertad de añadir, mi propósito al acceder a esta petición tuya (y espero que tú también la hagas) no es erigir un monumento a la memoria de los difuntos, (que qué poco hace significan!) ni para difundir la fama de su familia, (aunque la bendición visible de Dios sobre ella, en la fecundidad, la piedad y el amor mutuo, en el que ha florecido durante algunas generaciones, desafían la observación, tanto en cuanto a esas ramas de la que crecen en su propio suelo más natural, y aquellos, como ahora tengo ocasión de tomar más nota, que encuentro que han sido trasplantados a otro país;) pero que aquellos, en cuyas manos caerá este pequeño tratado, pueden ser inducidos a considerar el verdadero fin de su ser; para examinar y discutir el asunto más a fondo con ellos mismos, para qué se puede o se puede suponer que tal tipo de criaturas fueron hechas y colocadas en esta tierra: que cuando hayan razonado ellos mismos en una aprehensión establecida de los fines dignos e importantes, son capaces de alcanzar, y están visiblemente diseñados para ello, pueden ser poseídos por un noble desdén de vivir por debajo de ellos mismos y de la generosidad de su Creador.

Es obvio para la observación común cuán flagrante e intenso es el celo que los hombres suelen expresar por su reputación personal, el honor de sus familias, sí, o por la gloria de su nación; celo aumentado por la dignidad de la humanidad! Cuán pocos son los que se resienten de la depresión común y vil de su propia especie; o que, mientras que en las cosas de menor consideración se esfuerzan con empeño emulador para que ellos y sus parientes puedan superar a otros hombres, consideren un reproche si, en asuntos de la mayor importancia, ellos y todos los hombres no superan a las bestias. Cuán pocos no se contentan con confinar sus máximos designios y expectativas dentro de los mismos estrechos límites, a través de un mezquino y vergonzoso desprecio de sí mismos, confesando en sí mismos (a la verdad ya su propio error) una incapacidad para cosas mayores; y con la más injuriosa falsedad, proclamando lo mismo de toda la humanidad además!

Si el que, en medio de los azares de una guerra dudosa, traiciona el interés y el honor de su país, sea justamente infame y considerado digno del castigo más severo; No veo por qué un sensualista depravado, que vive como si hubiera sido creado sólo para complacer su apetito; que vilipendia tanto la noción del hombre, como si no hubiera sido hecho más que para comer, beber y divertirse, para complacer únicamente sus sentidos y fantasía; que, en este tiempo y estado de conflicto entre los poderes de este mundo presente y los del mundo venidero, abandona su partido, ofrece un abierto desafío a la humanidad, abjura de los nobles principios y fines, abandona las leyes y la sociedad de todo lo que es digno de ser hombres estimados, abandona la esperanza común y racional de la humanidad con respecto a una futura inmortalidad, y se arrea entre las criaturas brutas; digo, no veo por qué tal persona no debería ser despreciada y aborrecida como un traidor a toda la raza. y nación de criaturas razonables, como fugitivo de las tiendas, y desertor del interés común, de los hombres; y eso, tanto por la vileza de su práctica, como por el peligro de su ejemplo.

¿Y quién, que tiene los ojos abiertos, no contempla los terribles casos y el aumento de esta deserción; cuando ya ha prevalecido hasta tal punto, que en los países civilizados, sí en los cristianos, (como todavía

afecto a llamarse) se pone de moda y en crédito la práctica, que no puede cuadrar con otro principio que la incredulidad de un estado futuro, como si no fuera más que una mera ficción poética, o (en el mejor de los casos) política? Y como si una infidelidad tan desvergonzada pretendiera no sólo una connivencia, sino una sanción, se tiene por cosa extraña y grosera que un hombre viva como si pensara de otro modo; y una gran presunción para parecer disentir de la profana tripulación infiel. Como si el asunto ya estuviera formalmente determinado en favor de la irreligión, y la doctrina de la vida venidera hubiera sido claramente condenada en consejo abierto como una herejía detestable. Porque ¿qué principio fue jamás más explotado y abucheado que esa práctica es la única que está de acuerdo con esto? ¿O qué serie o curso de villanías repetidas puede ser más ignominioso que (en la estimación vulgar) un curso de vida así transado, como se convierte en la expectativa de una bendita inmortalidad? ¡Y qué! después de tanto escrito y dicho por personas de todos los tiempos y religiones a favor de la inmortalidad del alma humana, y tan común reconocimiento de ello por parte de paganos, mahometanos, judíos y cristianos, el hombre está ahora finalmente condenado y sentenciado a una muerte perpetua, por así decirlo, por el consentimiento y el sufragio incluso de los hombres; y eso también sin juicio ni audiencia; ¿y no por la razón de los hombres, sino sólo por sus concupiscencias?—como si (con un fuerte y violento grito) fueran a asesinar y sofocar esta creencia y esperanza, pero no juzgarla. Y el asunto será así dado por perdido; y la victoria sea cedida a la próspera maldad, y una conspiración demasiado exitosa de viles sinvergüenzas contra su Hacedor y su propia estirpe y raza?

Uno pensaría que cualquiera que tenga alguna conciencia de obligación y deber hacia el Padre y Autor común de nuestros seres, algún recuerdo de nuestro divino original, algún aliento de nuestra antigua esperanza, algún sentido del honor humano, algún resentimiento de tan vil indignidad a la naturaleza del hombre, cualquier chispa de una indignación justa y generosa por una ofensa tan oprobiosa a su propia clase y orden en la creación; deben oponerse con un vigor heroico a esta combinación traicionera y antinatural. Y dejemos que nosotros (mis dignos amigos) seamos provocados, en nuestras diversas capacidades, a hacer

nuestras partes en este documento; y, por lo menos, vivir y conversar en este mundo, de modo que el curso y el tenor de nuestras vidas impliquen una abierta afirmación de nuestras esperanzas en otro; y que los hombres vean que no nos avergonzamos de creer en una vida venidera. Busquemos para nosotros honor, gloria e inmortalidad, por una perseverancia paciente en hacer el bien (cuán bajos son los designios que otros se contentan con perseguir). y por nuestra ambición declarada y justificable en esta búsqueda, justifica a nuestro gran y generoso Creador, quien no nos ha hecho en vano, sino para cosas tan altas y grandes; y glorificad a nuestro bendito Redentor, que en medio de las tinieblas lúgubres y desconsoladas de este mundo miserable, cuando estaba cubierto por la sombra de la muerte, ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad en el evangelio. Trabajemos tanto para sentir como para expresar el poder de esa religión que tiene como principio la incoación de la vida divina (participada), y la perfección y eterna perpetuación de la misma como su alcance y fin.

No dejes que el tiempo transcurrido desde entonces haya desgastado en ti las útiles impresiones que este monitorio y sorprendente ejemplo de nuestra moralidad te produjo al principio. Pero permítanme inculcarles lo que les fue dicho cuando la ocasión era fresca y nueva: que trabajemos más profundamente para comprender el dominio de Dios sobre sus criaturas; y que nos hizo principalmente para sí mismo, y para fines que se alcanzarán en el estado futuro; y no para la satisfacción temporal y el placer mutuo en este mundo.

De lo contrario, la providencia nunca habría sido culpable de tal solecismo, para tomar a uno de una familia largamente famosa por tan ejemplar amor mutuo, y disponerlo en una parte tan remota, no permitiendo a la mayoría de sus parientes más cercanos el disfrute de él durante casi treinta años. años (y en ellos toda la flor) de su edad; y finalmente, cuando esperábamos al hombre, enviarte a casa el marco sin aliento en el que vivía. Sin embargo, no fue despreciable que tuvisteis eso, y que muriendo (como José) en tierra extraña, dio, también, mandamiento acerca de sus huesos; que aunque en su vida estuvo (en su mayor parte) separado de sus hermanos, en su muerte podría ser reunido con sus padres. Era alguna prueba (aunque no querías nada mejor) de que, en medio del tráfico de España, estimaba más la religión de

Inglaterra, y por lo tanto preferiría que su polvo se asociara con los de ellos con quienes también preferiría que su espíritu se asociara. Pero sea lo que fuere lo que evidenció, ocasionó tanto, que tuvieron esa reunión tan general entre ustedes, que de otro modo probablemente no habrían tenido, ni es probable que vuelvan a tener, (así los ha dispersado la providencia) en este mundo; y que resultó ser una reunión más seria de lo que hubiera sido de otro modo: porque aunque sin culpa hubiera sido diseñada para reunirse en una mesa alegre, Dios consideró más adecuado ordenar la reunión en una tumba triste; y hacer de la casa que os recibió (la patria de muchos de vosotros) más bien casa de luto que de banquete. El uno habría tenido gustos más rápidos de un placer presente, pero el otro probablemente produciría la sensación más duradera de una ganancia posterior. Tampoco fue una mala misión reunirnos (aunque de lejos para varios de vosotros) para aprender a morir: como podríais, si se os pusiera en mente con tanta sensatez, aunque no vierais que esa misma parte actuaba por sí misma. Y acepta este esfuerzo de avanzar en tus preparativos para ese cambio, como un testimonio del recuerdo que conservo de tus más obsequiosos respetos y amor, y de mi aún continuo

Su afectuoso y respetuoso pariente,

y siervo en nuestro común Señor,

J. HOWE.

Antrim, 12 de abril de 1671.

## **LA VANIDAD DEL HOMBRE COMO MORTAL**

Recuerda cuán corto es mi tiempo: ¿por qué has hecho en vano a todos los hombres?

¿Qué hombre es el que vive, y no verá muerte? ¿Librará su alma de la mano del sepulcro? Selah - SALMO 89:47, 48

NOSOTROS no estamos interesados en ser particulares y curiosos en la investigación, tocando la referencia especial o la ocasión de las quejas anteriores, del versículo 37. Es suficiente notar, para nuestro presente propósito, que además del mal que ya había acontecido al demandante, otro peligro casi lo amenazaba, que acarrearía la muerte frente a él, y sugería aprensiones un tanto espantosas de su estado mortal; lo que le arrancó esta petición rápida y sensata en referencia a su propia preocupación privada: "Recuerda cuán corto es mi tiempo"; y luego dirigió su mirada con una mirada repentina de la suya propia, para reflexionar sobre la condición común del hombre, de la cual expresa su resentimiento, primero, en una apresurada protesta con Dios: "¿Por qué has hecho a todos los hombres en vano? ?"—luego, en segundo lugar, en un patético discurso consigo mismo, representando la razón de esa áspera acusación, "¿Qué hombre es el que vive, y no verá la muerte? ¿Él librará?", etc. qd Cuando añado a la consideración de mi corto tiempo, el de la humanidad agonizante, y contemplo una sombra oscura y mortal que cubre universalmente el mundo, desapareciendo toda la especie de criaturas humanas, abandonando el escenario a mi alrededor, y desapareciendo casi tan pronto como se muestran: ¿no tengo un motivo justo y plausible para ese desafío (aparentemente grosero)? ¿Por qué existe un fenómeno tan inexplicable, una criatura hecha sin propósito; ¿La parte más noble de esta creación inferior nació sin ningún diseño imaginable? No sé cómo desatar el nudo, sobre esta única vista del caso, o evitar el absurdo. Es difícil pensar con seguridad en la suposición (o lo que aún puede parecer difícil de suponer) "que todos los hombres fueron hechos en vano".

Al parecer, la protesta fue algo apasionada y se basó en la repentina vista de este caso desconsolado, considerado de manera muy abstracta y solo por sí mismo; y que en ese instante no miró más allá de él a una mejor y más cómoda escena de las cosas. Un ojo nublado por el dolor presente, no ve tan lejos, ni comprende tanto en una vista, como lo haría en otro momento; o como lo hace ahora, cuando la lágrima es limpiada y sus propios rayos la han aclarado. Vemos que rápidamente miró más allá y obtuvo una

perspectiva más liviana, cuando en las siguientes palabras lo encontramos contemplando la bondad amorosa jurada de Dios hacia David, (v. 49:) la verdad y la estabilidad de las cuales él al mismo tiempo reconoce expresamente, mientras que solo la forma de su discurso parece para importar una duda: "¿Dónde están?" Pero, sin embargo, juraron en verdad; sobre cuyo argumento él había ampliado mucho en la primera parte del salmo; y todavía yacía profundamente en su alma, aunque ahora estaba un poco desviado de la presente consideración de ello: lo cual, dado que gira la balanza con él, será necesario investigar su peso e importancia. Tampoco tenemos ninguna razón para pensar que David era tan poco profeta o santo como para referirse en sus propios pensamientos a esas cosas magníficas (los ejemplos de esa bondad amorosa confirmada por juramento, que él recita del versículo 19 del salmo al 38, como hablado de la boca de Dios, y declarado a él por visión) a la dignidad de su propia persona, y la grandeza y perpetuidad de su reino; como si en última instancia se refería a sí mismo, que Dios "lo haría su primogénito, más elevado que los reyes de la tierra" (v. 27), cuando había varios reyes mayores, y (en comparación con los pequeños lugar sobre el cual reinó) una monarquía que se extendió enormemente y que todavía lo superó todo su tiempo (como la misma monarquía y las sucesivas monarquías lo hicieron con sus sucesores); o que estaba destinado a la gloria secular y la estabilidad de su trono y familia, que Dios "haz que duren para siempre, y sean como los días del cielo; que sean como el sol delante de él, y firmes para siempre como la luna,

Que Dios mismo no lo quiso así, la experiencia y el acontecer de las cosas lo han demostrado; y que estas predicciones no pueden haber tenido su cumplimiento de otro modo que en la sucesión del reino espiritual y eterno del Mesías (a quien Dios levantó de sus lomos para sentarse en su trono, Hechos 2:30) a su reino temporal. Donde, por lo tanto, termina con la perfección en lugar de la corrupción: estas profecías se cumplen entonces, no en el tipo que importaron literalmente, sino en otro tipo (mucho más noble). En cuyo sentido debe entenderse la alianza de Dios con él, en la que tanto insiste en este salmo (v. 28-34), hasta tal punto, que

desafía a Dios al respecto, como si en el curso actual de su providencia estuviera ahora a punto de anularlo (v. 39); aunque expresa suficientemente su confianza, tanto antes como después, de que esto nunca podría ser. Pero es claro que se anuló hace mucho tiempo, en la subversión del reino de David, y en eso vemos que su trono y su familia no han sido establecidos para siempre, no han durado como los días del cielo; si esas palabras no tuvieran otro significado que el obvio y literal. Y si alguno, para aclarar la verdad de Dios, alegare la maldad de su posteridad, infringiendo primero y desobedeciendo a él, esto se previene por lo que encontramos inserto en referencia a este mismo caso: "Si sus hijos dejaren mi ley, y no andáis en mis juicios, &c., entonces castigaré con vara su iniquidad, &c. Sin embargo, mi bondad amorosa no le quitaré por completo, ni dejaré que mi fidelidad falle. No romperé mi pacto, ni cambiaré lo que ha salido de mis labios", v. 30-34. Todo lo cual está solemnemente sellado con esto: "Una vez he jurado en mi santidad, que no mentiré a David", v. 35. De modo que los que tengan escrúpulo en acusar al Dios santo de falsedad, en lo que con tanta solemnidad ha prometido y jurado, no deben hacer que nadie admita su intención ulterior en estas palabras. Y que él tenía una intención adicional (aún mística y espiritual) en este pacto con David, es aún más evidente en el del profeta Isaías: "Todos los sedientos, venid a las aguas", etc. oído y venid a mí. Y haré con vosotros pacto perpetuo, las misericordias firmes a David. He aquí, lo he dado por testigo al pueblo, por líder y comandante", etc. Isa. 55:1-5.

¿Qué significa esta invitación universal a todos los sedientos, con el estímulo adjunto de hacer con ellos un pacto eterno (el mismo que tenemos aquí, sin duda, en cuanto a las partes principales, y que lo encontramos mencionando también, 2 Sam. 23:5, con caracteres que corresponden exactamente a los del profeta,) aun las misericordias firmes de David? El significado seguro no podría ser que todos ellos fueran reyes y príncipes seculares, y su posteridad después de ellos para siempre; que vemos es el sonido verbal y el tenor de este

Y ahora, dado que es evidente que Dios pretendía un misterio en este pacto, podemos estar seguros de que no pretendía engaño, y que no diseñó un engaño para David por la visión en la que lo dio.

¿Podemos pensar que trató de gratificarlo con una ficción solemne y atraerlo a una fe falsa y fantasiosa; ¿O para ocultarle su significado, como para tentarlo a creer lo que nunca quiso decir?

¿Y para qué servía esta revelación tan especial por visión, si no debía ser entendida verdaderamente, al menos, si no todavía perfecta y plenamente? Nos queda, por lo tanto, recoger, que David no estaba completamente ignorante de cómo referir todo esto al reino del Mesías.

Y ha dado suficiente testimonio en esa parte de las sagradas escrituras, de la cual Dios lo usó como escritor, de que era de otro temperamento que poner la suma y principal de sus expectativas y consuelos en su propia grandeza mundana y la de su posteridad. Y para ponernos fuera de duda, nuestro Salvador, (quien conocía bien su espíritu) nos dice suficientemente expresamente, que él en espíritu lo llamó Señor, (Mat. 22:43), cuando dijo: "Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies," (Sal. 110:1;) un claro descubrimiento de cómo entendió la revelación de Dios tocante a las preocupaciones futuras de su reino, (y el pacto relacionado con ello), a saber . como figura y tipo de Cristo, quien debe reinar hasta que todos sus enemigos sean subyugados. Tampoco estaba en esa ignorancia acerca de la naturaleza y el diseño del reino de Cristo, sino que entendía su referencia a otro mundo, y estado de cosas, incluso más allá de todas las sucesiones del tiempo, y la raza mortal de los hombres; para tener la mirada fija en la eternidad feliz que debe introducir una resurrección gozosa, y de la cual la resurrección de Cristo debe ser la prenda grande y más segura. Y de esto no necesitamos una evidencia más completa que las palabras expresas del apóstol San Pedro (Hechos 2:25, & c.) quien después de haber citado aquellos excelsos acordes triunfantes de David, (Salmo 16:8-11, ) "A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por eso se alegra mi corazón, y se regocija mi gloria; también mi carne reposará en esperanza; porque tú no dejarás mi alma en el infierno, (o en el estado de oscuridad), ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Tú me mostrarás el camino de la vida. En tu presencia hay plenitud de gozo, a tu diestra hay delicias por

se habló acerca de Cristo;—añade más expresamente (v. 30) que "David, siendo profeta, y sabiendo que con juramento le había Dios jurado, que del fruto de sus lomos, según la carne, él levantaría a Cristo para que se sentara en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo," (v. 31;) parece que no habló al azar, sino como sabiendo y viendo antes lo que decía, que su alma no fue dejado en el infierno, &c. ni podemos pensar que se regocije así en la resurrección de otro, olvidando la suya propia.

Y, sin embargo, tenemos una evidencia más del apóstol Pablo, quien afirma que "la promesa hecha a los padres, Dios la había cumplido a los hijos de ellos, resucitando a Jesús, como también está escrito en el salmo segundo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Y en cuanto a que lo resucitó de entre los muertos, para nunca más volver a la corrupción, dijo así: Os daré las misericordias firmes de David," ( Hechos 13:32–34:) que ahora es evidente, debe entenderse de misericordias eternas; tal como la resurrección de Cristo y el triunfo sobre la tumba nos aseguran.

Por lo tanto, consideró lo que se habla aquí acerca de su reino, como se habla en última instancia del reino de Cristo, el reino por el cual él gobierna y conduce a sus súbditos fieles a través de todos los problemas de la vida y los terrores de la muerte (a través de los cuales él mismo como su rey y líder tiene mostrado el camino) a la bienaventuranza eterna; y sobre el pacto hecho con él como el pacto de Dios en Cristo, concerniente a esa bienaventuranza y los requisitos para ella. Y (para no decir más en este argumento) ¿de qué otra manera podemos concebir que él debería tener esa plenitud de consolación en este pacto cuando yacía moribundo, como lo encontramos expresando, (2 Sam. 23: 5, porque estos fueron algunos de las últimas palabras de David, como vemos en el versículo 1,) "Él ha hecho conmigo un pacto eterno, ordenado en todas las cosas y seguro; porque esta es toda mi salvación, y todo mi deseo". ¿Qué gozo y consuelo tan grande podría tener un hombre moribundo en un pacto hecho con él, cuando había terminado con este mundo, y no podía esperar más de él, si no tomaba en cuenta una futura bienaventuranza en otro mundo? ¿Fue solo por la esperada prosperidad de su casa y su familia cuando él se fue? Esto (que es lo único a lo que podemos aferrarnos) lo recluye claramente en el

siguientes palabras: "aunque no lo hizo crecer". Por lo tanto, fue su reflexión sobre las bondades amorosas mencionadas en la primera parte del salmo, contenidas en el pacto de Dios y confirmadas por su juramento, pero entendidas de acuerdo con el sentido y la importancia ya declarados, lo que provocó este cambio repentino en el espíritu de David; \* e hizo que el que últimamente hablaba como salido del Gólgota, como si no tuviera nada más que muerte en sus ojos y pensamientos, hablara ahora en un tono tan diferente, y (después de algunas súplicas adicionales, en las que su fe se recupera aún más) concluir este salmo con solemne alabanza; "Bendito sea el Señor por los siglos de los siglos. Amén y Amén".

Vemos, pues, la contemplación de su propia mortalidad y la de todos los hombres, considerada en abstracto y en soledad, reviste de negro su alma, la envuelve en lúgubres tinieblas, hace que toda la especie de las criaturas humanas le parezca una sombra oscura, una vanidad vacía. : pero el traer a sus pensamientos un estado subsiguiente de vida inmortal aclara el día, hace que él y todas las cosas aparezcan en otro matiz, da una justa explicación de por qué una criatura como el hombre fue hecha; y en él hace que todo el marco de las cosas en este mundo inferior se vea con un aspecto agradable y bien compuesto, como el producto de un diseño sabio y racional. De donde, por lo tanto, tenemos esta base del discurso justamente ante nosotros en las palabras mismas: que el breve tiempo del hombre en la tierra, limitado por una muerte segura e inevitable, si lo consideramos abstractamente por sí mismo, sin tener en cuenta un estado futuro , lleva consigo esa apariencia y aspecto, como si Dios hubiera hecho a todos los hombres en vano.— Se dice que eso es vano, de acuerdo con la importancia de la palabra ὄψω aquí usada, que es falsa, una ficción, una apariencia solamente, una sombra, o cosa evanida; o que es inútil, no rentable y sin ningún propósito valioso. La vida del hombre, en el caso que ahora se supone, puede llamarse verdaderamente vana, de cualquier manera. Y diremos algo a cada uno; pero al primero más brevemente.

1. Era vano, es decir, poco más que un espectáculo, una mera sombra, una apariencia de ser. De hecho, debemos, en el presente caso, incluso abstraerlo de sí mismo, y considerarlo solo como una cosa mortal que muere; y, en cuanto a lo de él que es así, qué despreciable nada

¡es él! Hay una apariencia de algo; pero busque un poco, e indague en él, y se desvanece en una mera nada, se encuentra una mentira, una falsedad, como si sólo fingiera un ser, y no lo fuera. Y así podemos suponer que el salmista habla, sobre la perspectiva de su propio caso y del caso común del hombre, con qué rapidez todos se precipitaban fuera de la vida y abandonaban el ser que más bien parecían haber asumido y tomado prestado, que poseer y propio; "Señor, ¿por qué has hecho al hombre una cosa tan ficticia, le has dado un ser tan burlón? ¿Por qué has sacado a la luz de este mundo tal clase de criaturas, que más parecen ser que son; que tienen tan poco de ser sólido y sustancial, y tan poco merecen ser tomados por realidades; que sólo sirven para engañarse unos a otros en una opinión de su verdadera existencia, y luego se desvanecen y confiesan su falsedad? ¡Qué sombras flotantes, qué entidades inciertas son! En un momento son y no son. No sé cuándo decir que he visto a un hombre. Parece como si hubiera algunas de esas cosas ante mis ojos; Me convengo de que los veo moverse y caminar de un lado a otro, que hablo y converso con ellos; pero instantáneamente mi propio sentido está listo para desmentir a mi sentido. Repentinamente desaparecen y casi me obligan a reconocer una ilusión. No soy más que burlas con un espectáculo; y lo que parecía una realidad, resulta una impostura. Su pretensión de ser no es más que ficción y falsedad, un engaño de un sentido demasiado crédulo e incauto. Ellos sólo personifican lo que se cree que son, y rápidamente se despojan de sí mismos como un disfraz". Esto está de acuerdo con el lenguaje de las Escrituras en otros lugares: "Ciertamente los hombres de bajo nivel son vanidad, y los hombres de alto nivel son una mentira, " & c. Sal. 62: 9. En dos aspectos, el estado actual del hombre puede parecer acercarse a la nada, y así admitir esta retórica del salmista, como si él fuera en este sentido una cosa vana, una invención o un mentira, a saber, con respecto a la minuciosidad y la inestabilidad de este, su ser material y perecedero.

Primero. La minuciosidad, la pequeña porción o grado de ser que tiene esta parte mortal del hombre. En verdad se dice de todas las cosas creadas: Su no-esse es más que su esse, tienen más no-ser que ser. Es sólo una porción limitada que tienen, pero hay una

infinidad de ser que no tienen. Y así, acercándose infinitamente más a la nada que a la plenitud del ser, bien pueden llevar el nombre de nada. Por lo cual el ser primero y fuente se apropia justamente para sí mismo el nombre, "Yo soy"; sí, nos dice, él es, y no hay nadie fuera de él; no dejando en ello otro nombre que el de nada a las criaturas. ¡Y cuánto más puede decirse esto de la parte material y mortal, esto fuera del hombre, todo lo que en él es odioso para la muerte y la tumba! el cual es el único (visto de manera abstracta) que es el tema de la presente consideración y discurso del salmista. Cuanto más algo tiene de materia, menos de esencia actual tiene; siendo la materia más bien una capacidad de ser, que ser ella misma; o un oscuro umbrío o sombra de él, en realidad nada más que  $\ddot{y}\ddot{y}\ddot{y}\ddot{y}\ddot{y}$ ,  $\ddot{y}\ddot{y}\ddot{y}\ddot{y}$  (como son las expresiones de un noble filósofo) una mera apariencia, o una mentira. Ploteo. es. 2. yo. 6. Y es el lenguaje no sólo de los filósofos, sino del Espíritu Santo concerniente a todas las naciones de los hombres: "Son como nada, menos que nada y vanidad".

Isaías 40:17. ¡Qué escasez, pues, y qué penuria de ser debemos suponer en cada individuo; ¡sobre todo si miramos solo la parte exterior, o más bien la sombra o la sombra del hombre!

En segundo lugar. La inestabilidad y fluidez de la misma. El ser visible y corpóreo del hombre no tiene nada firme ni consistente.

Considere su marco exterior y su composición, no es el tiempo todo él mismo a la vez. Hay una continua defluencia y acceso de piezas; de modo que algunos cuentan que cada climatérico de su época cambia todo su entramado. De donde se seguiría que, además de su principio individuador estático (del que ahora vamos a abstraer) no queda nada de él; él es otra cosa; el hombre anterior se ha desvanecido y se ha ido; mientras está, se va apresuradamente, y dentro de poco no está. Con respecto a la duración, así como al grado de su ser, es casi nada. "Él abre su ojo, y no es", (Job 27:19;) desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. No hay nada en él lo suficientemente estable como para admitir una mirada fija. Así es con toda la escena de las cosas en este mundo material. Como era la verdadera máxima de un antiguo, (Heracl.) "Todo fluye, nada permanece; a la manera de un río:" lo mismo que las palabras del apóstol expresan con más elegancia; "La moda de

este mundo pasa," (1 Cor. 7:31;) el esquema, el espectáculo, la pompa de él. Él habla de él pero como una apariencia, como si no supiera si llamarlo algo o nada, era tan cerca de desvanecerse en la nada. Y por lo tanto, allí requiere que los afectos, que la cercanía mutua en relación desafía, sean como si no lo fueran: que nos regocijemos en referencia a los demás, (incluso más estrechamente relacionados, como la ocasión y el alcance de su discurso nos enseñe a entenderlo), sino como si no nos regocijáramos, y lloramos, como si no lloráramos, lo que implica que los objetos no merecen más, y son ellos mismos como si no lo fueran. De ahí, por lo tanto, un curso continuo de La pasión intensa sería muy incongruente con la discontinuidad de las cosas. Y siendo todo el estado del hombre sólo un espectáculo, la pompa y el brillo de los hombres más grandes constituyen la parte más espléndida y conspicua de él; sin embargo, todo esto que encontramos no se cuenta de otra manera, que una imagen, un sueño, una visión de la noche, "cada hombre en su mejor s El estado es toda vanidad, anda en vano espectáculo, en vano se inquieta", etc. De todos sin excepción se pronuncia: "El hombre es como la vanidad, sus días son como una sombra que se va": como Eclesiastés a menudo, de todas las cosas sublunares, "Vanidad de vanidades", etc. Job 20:7, 8, 9; PD. 73:20; 39:5, 6.

II. Pero aún hay otra noción de vano, ya que significa inútil, sin provecho o sin propósito. Y en este sentido también, si consideramos la mortalidad universal de la humanidad, sin tener en cuenta un estado futuro, había un fundamento engañoso para la objeción: "¿Por qué has hecho vanos a todos los hombres?" La vanidad en la primera noción habla del vacío de una cosa, considerada absolutamente y en sí misma; en este último relativamente, como se refiere y mide por un fin. Eso es, en este sentido, vano, que no sirve para nada; o a ningún fin digno y valioso, que equivale a lo mismo. Porque todos los fines, excepto el último, son también medios para un fin ulterior; si el fin que se persigue inmediatamente es vano y sin valor, lo que se refiere a él, como se refiere, no puede dejar de ser también vano. Después de lo cual, probemos ahora para qué fin podríamos pensar, en este caso, que fue hecho el hombre. Lo cual se hará mejor teniendo en cuenta su naturaleza y los fines para los que, sobre esa suposición, debemos suponer que está hecho.

Primero. De los primeros (descuidando el rigor de la disquisición filosófica) no se pretende decir más de lo que pueda concordar con el diseño de un discurso popular. Y será suficiente, por lo tanto, sólo tomar nota de lo que es más obvio en la naturaleza del hombre, y subordinado al presente propósito. Y, sin embargo, estamos aquí para mirar más allá de la mera superficie y exterior del hombre, que sólo consideramos antes, y para ver su naturaleza tal como es en sí misma, y no como la suposición de que no tiene nada más que lo que es mortal que le pertenece. , lo haría: porque como el exilio (y casi nada) del ser del hombre, considerado de acuerdo con esa suposición, sirvió mejor para expresar la vanidad de él, en la primera noción que se ha dado de una cosa vana; de modo que la excelencia y la sólida sustancialidad de la misma, considerada como es en sí misma, conducirá más al descubrimiento de su vanidad en esta última noción de la misma; es decir, si primero consideramos eso, y luego la suposición de que tal criatura sólo se hace perecer. Y si lo que se dirá aquí, en lo sucesivo, tiende a destruir esa disposición antes mencionada (como si se estableciera destruiría la gloria primordial de la naturaleza humana), sólo puede decirse magna est veritas, etc. Mientras tanto, podemos tomar una opinión, en la naturaleza de hombre-

1. De sus facultades intelectivas. De este modo enmarca nociones de cosas, incluso de aquellas cosas que están por encima de la esfera de los sentidos; del bien y del mal moral, del bien y del mal, de lo virtuoso y lo vicioso; de naturalezas abstractas y universales; sí, y de un primer ser y causa, y de la sabiduría, poder, bondad y otras perfecciones, que deben concordar primordialmente con él. Por la presente afirma y niega una cosa de otra, mientras observa que están de acuerdo y en desacuerdo, y discierne la verdad y la falsedad de lo que se dice o se niega. Por la presente infiere una cosa de otra, y se argumenta a sí mismo en un asentimiento firme e inquebrantable a muchas cosas, no sólo por encima del descubrimiento de los sentidos, sino directamente contrarias a sus apariencias sens
2. Su poder de determinarse a sí mismo, de elegir y rechazar, según las cosas se estiman y se le aparecen: donde también es evidente hasta qué punto los objetos que esta facultad es a veces

ejercitados, trascienden el alcance de toda naturaleza sensible; así como es notable la peculiar nobleza y excelencia de la facultad misma. A menudo tiene por objeto cosas de la más alta naturaleza, puramente espirituales y divinas; la virtud, la religión, Dios mismo: de modo que éstos (reparada la facultad sólo por la gracia santificante, no puesta ahora primero en la naturaleza del hombre) son elegidos por algunos, y, donde no es así, rechazados (es verdad) por la mayoría; pero no por un mero no querer de ellos (como el mero apetito brutal tampoco los quiere, que de ninguna manera llega a la noción de un rechazo), sino rechazándolos con una aversión y disgusto positivos, en donde hay una gran iniquidad. y el pecado; que no podía ser sino en una naturaleza capaz del temperamento opuesto. Y es evidente que esta facultad tiene el privilegio de determinarse a sí misma, de modo que esté exenta de la influencia necesaria de cualquier cosa ajena a ella: en el supuesto de lo cual, la dirección de todos los asuntos humanos, todos los tratados entre hombre y hombre para inducir un el consentimiento a esto o aquello, todo el marco del gobierno, toda la legislación y distribución de la justicia pública, sí dependen. Porque quitada esta suposición, y pronto aparecerán las más absurdas e injustas. ¡Con qué solemnidad se hacen las solicitudes y los discursos a la voluntad del hombre en todas las ocasiones! ¡Cómo es cortejada, solicitada y demandada! Pero cuán absurdo sería tratar a las otras criaturas, que actúan por una necesidad de la naturaleza en todo lo que hacen; para hacer súplicas al viento, o proponer artículos a un bruto! ¡Y qué injusto, determinar e infligir penas severas por acciones y omisiones inevitables y necesarias! Estas cosas se nos ocurren a primera vista, ante cualquier visión (más repentina y superficial) de la naturaleza del hombre. Y lo que debería obstaculizar, pero podemos inferir de esto, que hay más en su naturaleza—

3. Una capacidad de un estado inmortal, es decir, que su naturaleza es tal que él puede, si Dios así lo quiere, por la influencia concurrente de su poder ordinario y providencia, sin la ayuda de un milagro, subsistir en otro estado de vida después de esto, incluso un estado que no estará sujeto a ese deterioro y deterioro al que nos encontramos sujeto. No se disputa (todavía) más; y tanto, creo, que nadie debería tener dificultad en admitirlo, por lo que evidentemente se encuentra en él. porque puede

Bien puede suponerse que la admisión de esto (al menos) parecerá mucho más fácil a cualquier razón libre y sin prejuicios, que atribuir las operaciones, antes ejemplificadas, a materia alterable o perecedera, o incluso a cualquier materia en general: es siendo justamente presumido, que ninguno atribuirá a la materia, como tal, los poderes de raciocinio o volición. Porque entonces cada partícula de materia debe ser necesariamente racional e inteligente (un gran avance de lo que uno nunca hubiera pensado en absoluto activo). Y cuán inconcebible es que las diminutas partículas de materia, en sí mismas, cada una de ellas desprovista de tales poderes, por su mutua interacción entre sí, se llenen de ellos; que puedan entender, deliberar, decidir y elegir, estando reunidos y debidamente dispuestos en consejo juntos: pero, aparte, ¡descansen todos en un silencio profundo y perezoso! Además, si las partículas de materia, por muy modificadas y movidas que sean hasta la máxima sutileza o tenuidad, y hasta el más alto vigor, se vuelven entonces inteligentes y racionales, ¿cómo es posible que no observemos, ya que cualquier materia es más sutil y más rápida? encuentra vigorosamente movido, hace un acercamiento perceptiblemente más cercano (proporcionalmente) a la facultad y el poder de razonar: y que nada más de una aptitud o tendencia hacia la inteligencia y la sabiduría se percibe en una llama aspirante o un viento vigoroso, que en un terrón o una piedra? Si comprender, definir, distinguir, silogizar, no es otra cosa que la agitación y colisión de las partes diminutas de la materia enrarecida entre sí; Me parece que algún feliz químico u otro, cuando ha fallado en su objetivo designado, debería haber dado con algún producto más noble, y por otra sublimación próspera haber causado alguna semejanza temporal (al menos) de estas operaciones.

O, si los caminos de la naturaleza, en estos asuntos de la mente, son más abstrusos y completamente fuera del alcance y el camino del logro artificial, ¿de dónde es que la naturaleza misma (que algunos suponen en vano que ha sido tan feliz, como por algunos golpes casuales haber fabricado la primera de las criaturas humanas, que desde entonces se han propagado a sí mismas) se vuelve tan decadente y aburrido, que nunca más ha dado con un efecto similar de la misma manera; y que ningún registro de ningún tiempo o edad nos da la noticia de alguna criatura semejante surgida de alguna matriz epicúrea de la tierra, y elaborada por el único

mano inmediata de la naturaleza, disponiendo así las partes de la materia en su constitución, que debería ser capaz de realizar la operación perteneciente a la mente del hombre. Pero si no podemos, con ningún pretexto tolerable o muestra de razón, atribuir estas operaciones a cualquier mera materia, entonces debe haber alguna otra cosa en el hombre con la que puedan concordar, que sea distinta de su parte corruptible, y que por lo tanto sea capaz, por la ventaja de su propia naturaleza, de subsistir de aquí en adelante, (mientras que Dios le continuará una influencia conforme a su naturaleza, como lo hace con otras criaturas). Y por lo tanto parece una deducción modesta y sobria, que hay, en el naturaleza del hombre, al menos una capacidad de un estado inmortal.

En segundo lugar. Ahora bien, si todavía suponemos que en realidad no existe tal estado para el hombre en el más allá, nuestra próxima tarea es ver los fines para los cuales, sobre esa suposición, se puede pensar que ha sido creado. Por lo que pronto veremos, no hay ninguno de ellos de quien se pueda decir: Para esto fue creado, como su fin adecuado. Y aquí tenemos un agente doble que debe acomodarse con un fin adecuado: el hombre ahora hecho: y Dios que lo hizo.

1. El hombre mismo. Porque debe considerarse que, en la medida en que el hombre es una criatura capaz de proponerse un fin, y de actuar a sabiendas y con designio hacia él (y de hecho incapaz de actuar de otro modo como hombre), no sería por tanto razonable hablar de él, en este discurso, como si fuera meramente pasivo, y para ser actuado solo por otro: pero debemos considerarlo obligado, en subordinación a su Hacedor, a intentar y perseguir (él mismo) el fin propio para el cual designó y lo hizo. Y en razón debemos esperar que lo que Dios ha designado como su propio fin, debe ser tal que sea en sí mismo sumamente deseable, adecuado a la máxima capacidad de su naturaleza, y alcanzable por su acción; llevando así consigo suficientes incentivos, tanto de deseo como de esperanza, para una prosecución vigorosa y racional de la misma. Así debemos, por lo menos, concebir que ha sido en la institución primitiva del fin del hombre, al que se refiere la exostulación: ¿Por qué has hecho vanos a todos los hombres? Y no podemos pensar en fines que los hombres tampoco

hacen o deben proponerse a sí mismos, sino por la dirección de uno de estos principios, el sentido, la razón o la religión.

(1.) El sentido es en realidad el gran dictador para la mayoría de los hombres y, de facto, los determina a la meta y el alcance que persiguen, y anima toda la búsqueda. No es que el sentido sea por sí mismo capaz de diseñar un fin, sino que también inclina y sesga en general a la razón; de modo que la razón no tiene otra mano en el negocio que la de ser esclava de los sentidos, para formar el diseño e idear los métodos que más conduzcan a él, para la gratificación del apetito y la inclinación sensuales al final. Y las apetencias de los sentidos (en las que tiene tanta maestría y dominio) son como las que encontramos enumeradas (1 Juan 2:16) "Los deseos de la carne, los deseos de los ojos, la vanagloria de la vida". O (si entendemos que el apóstol usa el nombre de lujuria objetivamente) los objetos connotan suficientemente las apetencias mismas. Todo lo cual puede referirse acertadamente a los sentidos: ya sea los sentidos externos, o la fantasía o la imaginación, que con razón viene bajo la misma denominación común.

Ahora bien, ¿quién puede pensar que la satisfacción de estos deseos es el fin proporcional del hombre? ¿Quién no diría, bajo la suposición de nada superior, con el salmista: "¿Por qué has hecho en vano a todos los hombres?" ¿Para qué le sirvió vivir en el mundo unos pocos años, sólo por este motivo, y así descender al lugar del silencio? ¿Qué hay en la satisfacción momentánea de esta carne mortal; en su agradable visión de una gran cantidad de tesoros (que nunca traje consigo al mundo, sino que sólo amontonó, y así no deja al mundo más rico o más pobre de lo que lo encontré); ¿qué hay en el aplauso y la admiración de insensatos (como lo son siempre la mayor parte), para que creamos que vale la pena que el hombre haya vivido para estas cosas? Si se hiciera la pregunta, ¿Para qué hizo Dios al hombre? quien no se avergonzaría de responder así, Él le hizo comer, y beber, y gozar, para juntar riquezas para no sabe quién; usar sus inventos, para que cada uno se convierta en una charla y una maravilla para los demás; y luego, cuando haya dado algunas vueltas al teatro y haya entretenido los ojos de los espectadores con una

breve escena de impertinencias, descender y nunca más se supo? ¡Qué, que viniera al mundo provisto de tales poderes y dotes para esto! Era un caso parecido, como si uno debiera vestirse de escarlata para ir a arar, o curiosamente instruido en artes y ciencias para cuidar cerdos.

O, (2.) Si nos elevamos más alto, a la vista de los fines que la razón más refinada puede proponer, dentro del ámbito únicamente de este estado presente: supondremos que es la adquisición de mucho conocimiento, el suministro de su comprensión con una reserva de elección y nociones bien digeridas, para que pueda complacerse en ser (o en hacer que los hombres piensen en él) un genio erudito. La muerte le roba toda su ganancia. ¿Y qué es el mundo mejor? ¡Cuán poco enriquecerá los terrones, entre los cuales pronto debe acostarse y tener su morada! O qué poca es la ganancia, cuando el trabajo y el trabajo de tantos años se desvanecen y son llevados por el viento con el último soplo de su último aliento, y el fruto que queda es para que lo digan los que sobreviven, "Allí yace ¡Polvo sabio!" Que cualquier parte de sus adquisiciones, de esa clase, descienda a otros, poco mejora el caso, cuando los que tienen éxito se precipitan todos hacia abajo también en el mismo polvo innoble. los objetos de conocimiento no hacen más que aumentar cuanto más sabe, se multiplican más en él hasta engendrar una desesperación de saber nunca tanto como sabrá que él mismo ignora, y mil dudas sobre cosas que ha considerado más profundamente, que su ignorancia más confiada (no descubierta) nunca soñó o sospechó; y de ahí una inquietud, una irresolución de la mente, que aquellos que nunca se dirigieron a tal objetivo son (más satisfechos) desconocidos; y también, porque eso por cuánto el conocimiento ha refinado el hombre el alma, tanto es más sensible y perceptiva de las impresiones perturbadoras del desordenado estado de las cosas en el mundo; que aquellos que conversan sólo con la tierra y la suciedad no tienen espíritus clarificados y lo suficientemente finos para recibir. De modo que, excepto que el hecho de que un hombre supiera más que otros fuera a ser remitido a otro estado, el trabajo de alcanzarlo y otras desventajas accesorias difícilmente serían compensados por el fruto o el placer d

para el tormento, estaría astutamente tentado a pensar que una ignorancia tranquila y somnolienta es un estado más feliz.

O si la razón de un hombre, con una peculiaridad de temperamento, lo guía a una vida de negociación activa, en lugar de contemplación; y determinarle al empeño de servir a la humanidad, o a la comunidad a la que pertenece: por cuanto más dignas sean las acciones que realice, y cuanto más se haya perfeccionado y realizado con partes y prontitud para tales acciones, la pérdida y vanidad no es sino el mayor por ello; ya que él, y aquellos a los que fingió servir, van todos a la tumba silenciosa. De qué poco sirven el político, el estadista, el senador, el juez o el hombre elocuente, si dejamos de lado la consideración de su subordinación al mantenimiento del mundo en un estado más sereno y ordenado para la prosecución de los grandes designios. de la eternidad, cuando antes de mucho perezcan todos sus pensamientos! ¿Qué importaba lo que fuera del mundo, si era sabio o necio, rico o pobre, tranquilo o inquieto, gobernado o no gobernado? Cualquiera que deba hacer de su orden y tranquilidad su estudio, o que deba dedicar sus pensamientos y esfuerzos a descubrir los métodos y reglas más exactos de gobierno y política, debe hacer lo mismo que aquellos que deben usar una gran cantidad de esfuerzos y arte en el curioso adornamiento y arreglo de una persona moribunda; o como si alguno, entre muchos condenados, tuviese mucho cuidado de hacerlos marchar con él en muy exacto orden al lugar de la ejecución. Si el mundo no es visto como un lugar para vestirse, para una aparición en el escenario eterno; pero sólo como un gran osario, donde se desnudan y se desvisten, para dormir en la oscuridad eterna; ¿cómo podemos pensar que valga la pena pensarlo, o que sea objeto de algún diseño o cuidado racional?

¿Quién no preferiría bendecirse a sí mismo en un descuido e indiferencia más racional de todos los asuntos humanos; y considerar la indiferencia despreocupada como la más alta sabiduría? Sí,

(3.) Si suponemos la religión (que no necesitamos, porque se menciona en este orden, concebir exclusiva de la razón, sino más bien perfecta de ella; porque la razón habiendo encontrado primero a Dios, la religión adora

él) convertirse en el principio rector, y tener la dirección y el gobierno del hombre, en cuanto a su camino y fin: ¿cómo languidecería incluso eso con el mejor, si se dejara de lado la consideración de un estado futuro, que con tanto ¡pocos, a pesar de ello, tienen alguna eficacia para mandar y gobernar sus vidas! La religión termina en Dios; y sobre él bajo una doble noción; ya sea como deseamos servicio y honor para él, o como de él deseamos satisfacción y bienaventuranza para nosotros mismos. Ahora bien, si los pensamientos de un hombre y la intención de su mente son llevados hacia Dios bajo la primera noción, ¡cuán gran alivio y reducción debe ser para el vigor y el celo de su afecto, quien con la más sincera devoción se dedicará a servir su interés y gloria, para reflexionar sobre la mortalidad universal de sí mismo y de la humanidad, sin ninguna esperanza de compensación por una futura inmortalidad!

Todos están de acuerdo en que las mayores contribuciones de las criaturas no pueden agregarle nada; y que nuestro glorificarlo consiste solamente en que lo reconozcamos glorioso nosotros mismos, o que lo representemos así ante los demás. Pero qué poco significa, y qué cosa plana y baja parecería, que yo sólo deba volver mi mirada hacia arriba, y pensar unos pocos pensamientos de admiración acerca de Dios en esta hora, mientras me veo expuesto a perder mi mismo poder de pensamiento y todo siendo el siguiente! O si pudiéramos extender su justo renombre, y ganar a todos los hijos de los hombres para que concurrieran con nosotros en la adoración de sus soberanas excelencias, ¿cómo podría amortiguar y sofocar tan leal y obediente afecto el considerar que el testimonio universal tan merecidamente dado él pronto cesará para siempre, y ese Ser infinitamente bendito dentro de poco (nuevamente, como lo fue desde la eternidad anterior) ¡el único testigo de su propia gloria! Y si la propensión del alma de un hombre es hacia Dios bajo la última noción también, a fin de una satisfacción que de allí le corresponderá a él (cuyo designio, tanto en la búsqueda como en la ejecución de él, está tan en conjunción con el primero que no puede ser cortado,) no puede sino ser una disminución y un freno indecibles a los más altos deleites de este tipo, pensar cuán pronto tendrán un final; que la oscuridad y el polvo de la tumba pronto oscurecerán y extinguirán la gloria de esta

Pensar cada vez que uno entra en esa bendita presencia: "Por lo que sé, no me acercaré más; esta es posiblemente la última vez que veo ese rostro agradable, mi último saboreo de esos placeres cautivadores". ¡Qué amargura debe infundir esto en la ¡La dulzura más deliciosa que nuestro estado podía admitir entonces! Y cuanto más libre y grande debe ser la gracia en sus presentes comunicaciones, y cuanto más experimentada un alma en la vida de Dios, y acostumbrada a los deleites divinos, tanto más penosos y aflictivos los resentimientos no puede sino tener del fin próximo de todo; y seas más poderosamente tentado a decir, Señor, ¿por qué fui hecho en vano? ¡Cuán débiles y lánguidos serían los esfuerzos en pos del conocimiento de ese Dios a quien solo puedo conocer y morir! ¡Cuán impotentes e ineficaces serían las atracciones de este fin para el hombre en este estado terrenal, para elevarlo sobre el mundo y rescatarlo del poder de las cosas sensibles; comprometerlo en la búsqueda de esa santidad y pureza que es lo único que puede calificarlo para conversar con Dios; para soportarlo en un conflicto contra las inclinaciones (más naturales) del sentido; cuando, si con mucho trabajo y penoso esfuerzo, mucha abnegación y severidad con la carne, se llegare a alguna disposición para saborear los placeres divinos, se debe considerar todo el tiempo que el fin de todo puede perderse tan pronto como se pierda. ganado; ¡y que posiblemente no haya más que un momento de placer para recompensar los dolores y conflictos de muchos años! Aunque, en este caso, la continua esperanza y expectación de alguna manifestación y fruición ulterior podría influir mucho en una persona ya santa y gran amante de Dios, a una firme adhesión a él; sin embargo, qué poco haría para hacer a los hombres tales, que aún son inadecuados y desafectos para él; ¡o incluso para recuperarlos de sus lapsus y ataques de somno

Y hay que considerar, además, que puesto que Dios ha dado al hombre un ser capaz de subsistir en otro estado (como parece por lo ya dicho), y puesto que es por tanto capaz de gozar de una felicidad mayor que la de su estado actual puede admitir de; esa capacidad atraerá sobre él la obligación más indispensable de tener esa felicidad como su fin. Pues admitiendo que no haya estado futuro para él, es sin embargo imposible que cualquier hombre sepa que no lo hay; y

sobre una visión imparcial de todo el caso, tiene suficiente para hacer (al menos) mucho más probable para él que lo hay. Y ciertamente no puede sino estar obligado a perseguir el bien supremo (incluso por la ley de la naturaleza misma) del que su naturaleza es capaz, que probablemente puede alcanzar, y al que su Creador no le prohíbe aspirar en ninguna parte. De donde, por lo tanto, si ahora lo circunscribimos dentro de los límites de este presente estado mortal; o si, por el bien del argumento, suponemos que eventualmente no hay otro; no sólo debemos confesar que esa capacidad se le ha dado en vano, sino que también está obligado a emplear en vano los esfuerzos principales de su vida y todos sus poderes; (porque ciertamente su esfuerzo principal debe estar dispuesto en orden a su fin principal), es decir, perseguir ese bien que puede alcanzar, pero que nunca alcanzará; y que es posible para él, pero no en términos futuros. Y si se admite que el estado de súbdito del hombre debe silenciar todas las objeciones contra tales inconsistencias y hacer que se contente con actuar en pura obediencia a su Hacedor (ya sea que signifique su voluntad por la ley de la naturaleza solamente, o por cualquier ley positiva). precepto,) aunque en lo sucesivo no disfrutará de ningún estado permanente de bienaventuranza como recompensa consecuente; que la virtud y la bondad, una santa rectitud de inclinaciones y acciones, son recompensa suficiente para sí mismas; que hay esa justicia y dulzura en la religión, para obligarle a amar y reverenciar y adorar a la divina Majestad en este momento, aunque estaba seguro de perecer para siempre y ser reducido a nada al día siguiente:—Digo, admitiendo todo esto; aún,-

2. Ya que el bendito Dios mismo ha de ser considerado como el Agente y Diseñador principal en esta investigación, "¿Por qué has hecho en vano a todos los hombres?" es con modesta y humilde reverencia considerar qué fin, digno de ese Ser infinitamente perfecto, puede suponerse que se ha propuesto al formar tal criatura, de una naturaleza tan mejorable y dotada de tan nobles facultades y poderes. , para un estado tan transitorio y temporal: y qué bien consistirá con las nociones más obvias e incuestionables que podemos tener de un Ser absolutamente perfecto, y los atributos que más peculiarmente desafía y se apropia, (para no solo propios, sino para gloriarse en ellos), para que no dé el ser a unos pocos

solamente, sino a toda la especie de las criaturas humanas, y por ello comunicarles una naturaleza capaz de conocer, amar y gozar en una bienaventurada eternidad, con el propósito de continuarlas sólo por un corto espacio en la tierra, en un bajo estado imperfecto, en el que estarán expuestos a hundirse aún más, hasta la degradación más vil de sus naturalezas; y, sin embargo, no por su transgresión aquí (porque ahora se supone que la mortalidad del hombre no es por el pecado, sino por la creación, o el diseño del Creador solamente), sino por su mero placer, privarlos de ser , y reducirlos a todos de nuevo a nada. Debe considerarse si resolver y hacer esto puede estar de alguna manera de acuerdo con Dios, de acuerdo con nuestras más claras y seguras concepciones de él, no solo por nuestro razonamiento, sino por su descubrimiento de sí mismo. Porque de otro modo vemos que la imputación cae donde temeríamos dejarla reposar, de haber hecho al hombre en vano.

Se dice, en general, que obra en vano quien obra por debajo de sí mismo; para perseguir un fin totalmente indigno de él, o ninguno en absoluto. Es cierto que algunos actos individuales pueden ser realizados por grandes personas como un entretenimiento, sin un reflejo deshonoroso, que puede parecer muy inferior a ellos. Y si alguno se rebaja a oficios y empleos muy bajos para hacer el bien, para ayudar a los afligidos y socorrer a los miserables, es una gloriosa adquisición; y cuanto mayores son, mayor es la gloria de su bondad condescendiente. La benevolencia de la naturaleza y la propensión a los actos más inesperados de una autodepresión misericordiosa, cuando el caso lo requiera, son los ornamentos más hermosos de la grandeza principesca y eclipsan la gloria de la diadema más rica. Pero un curso habitual acostumbrado de malas acciones en grandes personas, que hablan de un designio bajo o ningún designio en absoluto, sino un humor para la frivolidad, o una naturaleza y disposición traviesas, nunca dejaría de ser considerado ignominioso e infame; como puede verse en los casos del hilado de Sardanápalo y la matanza de moscas de Domiciano.

Cuando la sabiduría y la bondad están en conjunción con el poder y la grandeza, nunca persuaden un descenso, sino en tales condiciones y con tales propósitos que se producirá un avance más glorioso;

la sabiduría previendo ese fin, y la bondad tomando prontamente el camino, que (aunque no estuviera diseñado, o no tuviera como objetivo un fin) no podría dejar de efectuarlo. Tampoco hay atributos del Ser Divino más conspicuos que estos, más atestiguados por él mismo, o más generalmente reconocidos por todos los hombres que no han negado su existencia. O si alguno ha hecho esa violencia a sus propias mentes, como para borrar y borrar de allí la creencia de una Deidad existente; sin embargo, al menos, mientras lo niegan, no pueden dejar de tener esta noción de lo que niegan, y conceden que estas son grandes perfecciones, y deben estar de acuerdo con Dios, sobre la suposición de que Él existe. Si, por lo tanto, hiciera algo repugnante a estos, o supusiéramos que lo hiciera, deberíamos suponer que actúa por debajo de un Dios, y por lo tanto sería muy indigno de él. Y aunque nos conviene ser muy desconfiados de nuestros propios razonamientos con respecto a los consejos y designios de ese Ser eterno; como si lo encontráramos afirmando algo expresamente de sí mismo, que no sabemos cómo conciliar con nuestros propios pensamientos preconcebidos, para darle así la causa, y confesar la debilidad de nuestro entendimiento: sin embargo, ciertamente, fue una gran temeridad y desprovisto de toda pretensión, suponer algo que ni él dice de sí mismo, ni sabemos con qué consistencia pensar.

Tampoco debemos, al juzgar sus designios, reducirlo a nuestro modelo, o medirlo por el hombre, cuyos designios en su mayor parte revelan solo su propia indigencia, y están nivelados para su propia ventaja, y la mejora de alguna manera. u otra de su estado actual. Cualquiera cosa que el gran Dios hace hacia sus criaturas, debemos entender que lo hace, aunque con designio, pero desde una exuberante plenitud de vida y ser, por la cual es incapaz de adherirse a sí mismo: y por lo tanto, puede en referencia a sí mismo. no tienen otro incentivo para tal acción, además de la complacencia que él toma al difundir sus comunicaciones gratuitas, (porque él "ejerce misericordia, juicio y justicia en la tierra, porque se complace en estas cosas", Jer. 9:24 ,) y el mantenimiento del justo honor y reputación de su gobierno sobre sus criaturas, las cuales, como son de él y por él, deben ser todo para él, para que tenga gloria para siempre. ROM. 11:36.

Ahora bien, aunque es indudablemente cierto que la soberanía de su poder y dominio sobre sus criaturas (de las cuales no tiene necesidad, y a las que tan libremente dio el ser) es tan absoluta e ilimitada, que si consideramos sólo eso, debe reconocer que podría crear un hombre o un ángel y aniquilarlo en el presente; sí, que pudiera, si así lo deseara, hacer surgir muchos miles de mundos de criaturas inteligentes e inocentes en un momento, y arrojarlos a la nada de nuevo al momento siguiente: sin embargo, cuán injustificadamente deberíamos mutilar la noción de Dios, si ¡Deberíamos concebirlo solo de acuerdo con un atributo, excluyendo la consideración del resto!

¡Qué idea deforme deberíamos tener de él en nuestras mentes! ¡Y cómo deformaría el rostro de la providencia y arruinaría el decoro de sus administraciones, si fueran los efectos de un solo atributo, sin que los demás tuvieran influencia en los asuntos del mundo! Si nada más que misericordia apareciera en sus dispensaciones para con el hombre pecador, para que cada uno pueda hacer lo que es bueno a sus propios ojos, sin temor a ser llamado a cuenta; si los más disolutos y profanos estuvieran igualmente asegurados de su favor, con los más santos y estrictamente regulares en toda su conversación; ¿Qué se pensaría de Dios y la religión? ¿O cómo deberíamos saborear la noción de una deidad impura, complaciéndose en complacer la maldad de los hombres?—Y si sólo la justicia tiene el manejo completo de los asuntos, y cada acto de pecado es seguido por un acto de venganza repentina, y todo el mundo se convirtió en un teatro en llamas, y todos los hombres se mantuvieron en una expectativa desesperada de indignación ardiente y de juicio sin misericordia; ¿Qué sería de esa amable representación y de los pensamientos consoladores que tenemos de Dios, y de ese amor y deber que algunas almas le tienen?—O si el poder afectara diariamente para mostrarse en apariencias y efectos insólitos, cambiando cada hora. las formas de las criaturas terrestres, en perpetuas y rápidas innovaciones de los cursos de lo celestial, con mil más tipos de eventos prodigiosos que podrían ser los efectos horarios de un poder ilimitado: cómo se perturbó el orden del mundo, y qué desagradable un idea engendraría, en cada criatura inteligente, de aquel que la hizo y la gobierna! Sin embargo, no es por defecto de la misericordia que todos los hor

Dios; ni de justicia, que de todos no se toma pronta venganza; ni de poder, que el mundo no se llena cada día de prodigios asombrosos; sino más bien de su falta de exceso, y de que hacen esa bendita temperatura donde residen, y se ejercitan en una proporción tan exacta que nunca se hace nada indigno de aquel que es, a la vez, perfectamente misericordioso y justo y poderoso y sabio. ; y tiene todas las perfecciones eminentemente comprendidas y unidas en su propio Ser muy simple. Por lo tanto, fuera del propósito insistir sólo en lo que el poder soberano, considerado aparte, podría hacer; pero debemos considerar lo que puede ser congruente con él, que es infinitamente sabio y bueno, así como poderoso. Y-

(1.) Que se sopesa, cómo puede encajar con la sabiduría divina, dar ser a un mundo de criaturas razonables, y, dándoles sólo un corto tiempo de permanencia en el ser, abandonarlos a una aniquilación perpetua. La sabiduría en cualquier agente debe necesariamente suponer la intención de algún fin valioso de su acción. Y la sabiduría divina, en la que tiene un fin diferente del que le inclinaría su pura bondad y benignidad hacia sus criaturas (que también debemos concebir que tiene la mayor intención de promover y promover), no puede sino tenerlo principalmente en el diseño: estando determinado que su bondad se abra y prorrumpe en una creación, y la de las criaturas razonables, para administrar su gobierno sobre estas (que en verdad son los únicos sujetos del gobierno, en la noción estricta y propia de él,) como puede preservar su autoridad y mantener su justo interés en ellos, recomendándolo a su temor y amor; poseerlos con la debida y necesaria reverencia de aquel que puede refrenarlos del pecado despectivo; y así ganarse su gobierno para ellos, como para comprometerlos a una obediencia plácida y libre. Pero ¡cuán poco concordaría con este designio de la sabiduría divina haber hecho al hombre sólo para este estado temporal! Para,

—

¡Cuán poco tendería a engendrar y asentar aquel temor de Dios en el corazón de los hombres, que era necesario para preservar su autoridad y gobierno de un desprecio profano; mientras que la experiencia diaria

muestra que ahora no hay diferencia entre los que temen a Dios y los que no le temen, a menos que los primeros sean peor tratados y más expuestos a sufrimientos y agravios; que al menos, a menudo (sí, en su mayor parte) es así, que apartarse de la iniquidad es hacerse presa; que aquellos que profesan y evidencian la más completa devoción a Dios, y le rinden la mayor observancia y deber hacia él, se convierten en un escarnio común por este mismo motivo, y están en continuo peligro de ser comidos como pan por aquellos que no invocan a Dios ; Mientras tanto, las tiendas de los ladrones prosperan, y los que provocan a Dios están seguros, no son azotados como los otros hombres, ni están en problemas como los otros hombres, y el juicio no se ejecuta aquí por las malas obras en este mundo: -si también nada es que se espera, ya sea del bien o del mal, en otro, ¿quién es probable que sea inducido, en este caso, a temer a Dios, oa someterse a él? Y cuán diferente es esto a la sabiduría del Gobernante supremo, exponer su más legítima y soberana autoridad a las intrépidas e insolentes afrentas de sus propias criaturas rebeldes, sin ningún diseño de reparación futura para ello; ¡como si los hubiera creado a propósito solo para maldecirlo y morir! Pero ha impedido la ocasión de una censura tan reprochable, y ha creído conveniente llenar su palabra, y la conciencia de los pecadores culpables, con amenazas y presagios terribles de un juicio futuro y estado de castigo: de lo cual no está menos preocupado, tanto en punto de sabiduría y veracidad, (y puedo agregar de justicia legal) para hacer corresponder el evento, que no se le encuentre que ha omitido cualquier curso debido para prevenir o reparar un mal tan grande; y que, si las amenazas no intimidan efectivamente a los pecadores, la ejecución puede al menos enderezarse a sí misma; y que, mientras tanto, él (lo que menos le convendría y lo que más repugnaba a su naturaleza) no se vale de una ficción solemne para mantener el mundo en orden, y mantener su gobierno por medio de la mentira y el engaño. ; es decir, amenazando lo que sabe

Ni hubo (en el caso que todo el tiempo se ha supuesto) una disposición más probable hecha para conciliar y procurar a la Divina Majestad el amor que es requisito debe tener de los hijos de los hombres.

Y esto no puede sino pensarse en otro método apto para su sabiduría.

para lanzarse sobre, para hacer aceptable su gobierno, y para comprometer a los hombres a esa sujeción libre y complaciente que es adecuada a Dios. Porque ¿cómo puede ese afecto filial y obediente ser alguna vez el producto genuino o la impresión de tal representación del caso entre Dios y ellos; esto es, que estarán indispensablemente obligados a dedicar todo su ser y todas sus facultades enteramente a su servicio e interés, exactamente a observar sus leyes más estrictas, a mantener bajo la más severa restricción sus inclinaciones más innatas y renuentes; y mientras tanto espera que las administraciones de la providencia sean tales, hacia ellos, que encontrarán un uso más duro durante todos sus días que sus enemigos más insolentes e irreconciliables; y al final pierden su propio ser, no saben cuándo, y con ello (necesariamente) todas las posibilidades de cualquier recompensa futura. ¿Es esta una forma probable de procurar el amor y cautivar los corazones a un dios? ¿O qué es probable que produzca, sino un desánimo agrio y hosco, la extinción de todo afecto generoso y un temperamento más agradable a una esclavitud forzada a algún genio maligno e insultante, que a una sujeción voluntaria al Dios de toda gracia y amor? ?

Y todos estarán listos para decir: Hay poca sabiduría en ese gobierno, cuya administración no es apta para engendrar temor ni amor en aquellos que están sujetos a él; pero ya sea por la necesidad de uno para ser despreciado, o para ser lamentado por la necesidad del otro. Y siendo este el caso mismo, sobre la suposición de ningún estado futuro, parece del todo indigno de la sabiduría divina que tal criatura haya sido alguna vez hecha como hombre; sobre la cual (suposición) ningún fin es alcanzable (como el curso de la providencia comúnmente se desarrolla en este mundo), en comparación con lo cual no sería mejor y más honorable para su Hacedor, (cuyo interés es parte de su sabiduría consultar,) que nunca había existido: y, por lo tanto, en cuanto a Dios y los justos y dignos designios de su gloria, parecería, sobre esta suposición, totalmente hecho en vano. Y-

(2.) ¡Cuán congruente y agradable resultaría esta suposición para la bondad de Dios! Así como ese otro atributo de la sabiduría respeta más especialmente su propio interés, así lo hace este el interés de sus criaturas; esto es, si se entiende, no en una metafísica, sino en una

sentido moral; ya que implica una propensión y una firme inclinación de la voluntad al beneficio, según el salmista: "Eres bueno y haces el bien", Sal. 119:68. Y es este principio libre y generoso, el que da el primer origen y principio a todos los designios de cualquier modo respetando el bienestar y felicidad de las criaturas; que, entonces, la sabiduría infinita forma y maneja en su pleno cumplimiento y realización, guiando (por así decirlo) la mano del poder todopoderoso en la ejecución de ellos.

Que haya una creación, podemos concebirlo como el primer dictado de esta inmensa bondad, que luego se difunde por el todo, en comunicaciones conformes a la naturaleza de cada criatura. De modo que también esta parte inferior y menos noble, "la tierra, está llena de la bondad del Señor". PD. 33:5. Primero crea su propio objeto, y luego se derrama sobre él con infinito deleite, recompensando el gasto con el placer de hacer el bien. Ahora bien, si supusiéramos que una criatura como el hombre fue creada sólo por ese breve tiempo y bajo estado que vemos que se le asigna en este mundo, no sería ni difícil ni suficiente reconciliar la hipótesis con la estricta justicia, que sobre la base de terreno de dominio absoluto puede hacer lo que quiera con lo suyo propio: pero el mal acuerdo que parece tener con una bondad tan grande y abundante, lo hace muy diferente de la dispensación del bendito Dios; no se concede en ese caso ningún disfrute a esta clase de criaturas, conforme a su naturaleza y capacidad comunes, ni en grado ni en continuidad.

No en grado: porque ¿quién no ve que la naturaleza del hombre es capaz de cosas mayores de las que aquí disfruta? Y cuando esa capacidad es rescatada de la corrupción que la estrecha y degrada, ¡cuán sensiblemente las almas santas se resienten y lamentan su estado actual, como un estado de imperfección! ¡Con qué fervientes y vehementes deseos y gemidos aspiran y suspiran por un más alto y más perfecto! "Los que estamos en este tabernáculo, gemimos agobiados, no porque quisiéramos ser desnudos (2 Cor. 5:4, eso no basta para ser librados de las miserias de la vida, dejando esta parte pasiva —no es eso lo que terminará con sus deseos), sino revestido, para que la m

ser tragado por la vida". Los suyos no son gemidos brutales, la queja de la naturaleza sensible oprimida bajo un mal presente; sino racionales y espirituales, las expresiones del deseo fuertemente llevadas a perseguir un bien adecuado apprehendido. La noción más verdadera que podemos tener todavía de la naturaleza y capacidad primitivas del hombre, es contemplándola en su restitución gradual. ¿Y es agradable a la bondad de Dios, poner tal naturaleza en alguien, y negarle el objeto adecuado? Como si fuera un placer para él he aquí la obra de sus propias manos gastándose en fatigosas luchas hacia él, y afligida, todo el tiempo que continúa en el ser, con el deseo de lo que nunca disfrutará, y que él la ha hecho desear, y allí la animó a esperar .

Ni en la continuación: porque supongo que ya es evidente que la naturaleza del hombre es capaz (con respecto a su parte principal) de perpetuidad, y así de disfrutar de una felicidad en lo sucesivo que será permanente y no tendrá fin: y no parece en modo alguno congruente a tan grande bondad, sofocar una capacidad de la que él mismo era autor, y destruir su propia obra. Porque si el ser del hombre está destinado a una duración tan breve, puede tener o no el conocimiento de esta determinación que le concierne. Si no puede tener el conocimiento de ello, ¿por qué alguien debería decir lo que no puede saber; ¿O poner tal cosa sobre Dios, que es tan vil y deshonoroso para él? Si puede tener el conocimiento de ello, entonces parece una criatura hecha para el tormento, mientras que por una fácil reflexión sobre sí mismo puede discernir que no es incapaz de un estado perpetuo, y sin embargo es sacado a la luz dentro de poco tiempo. extinguido y encerrado en la oscuridad eterna. ¿Y quién puede pensar que esto es digno de una bondad infinita y eterna?

Además, (como se ha insistido antes), que esta tortura, que procede de tan triste expectativa, no puede sino ser muy penosa y aflictiva para los mejores. De donde nos dice el apóstol que los cristianos, "si en esta vida solamente tuvieran esperanza, serían los más miserables de todos los hombres" (1 Cor. 15:19;), por lo que sería más deseable no haberlo sido nunca. Si alguno cae en el futuro en un estado al que preferiría la aniquilación perpetua, ya que es totalmente por su propia falta, de ninguna manera refleja la bondad divina. Pero sería más bien un reflejo deshonoroso de ese Autor y Fuente de toda bondad, si él

no debe expresarse tan sabio y justo como bueno; como sucedería con un hombre, especialmente con un gobernante sobre otros, si lo que llamamos buena naturaleza estuviera en conjunción con estolidez o insensibilidad a cualquier afrenta a su persona y gobierno. En conjunto, por lo tanto, parece lo más repugnante a estos grandes atributos del Ser divino, haber hecho al hombre sólo para su estado presente; que pensar así sería concebirlo indignamente, como si hubiera actuado muy por debajo de sí mismo, y hecho una cosa vana al hacer tal criatura, sin que pudiera alcanzarse ningún fin al que podamos suponer que su sabiduría o su bondad aspiran. .

Si alguno se imagina un recurso, suponiendo una sucesión eterna de generaciones humanas, sobre las cuales la sabiduría y la bondad de Dios puedan tener un ejercicio perpetuo, en el gobierno y sustentación de ellas para sus tiempos señalados; esto estaría lejos de satisfacer a cualquiera de los dos, sino que más bien aumentaría la dificultad; porque habría la misma tentación sobre todos los individuos, de despreciar o arrepentirse del gobierno de su Hacedor. De modo que de este modo debería incluso eternizar su propio reproche; y debería siempre, en cada sucesión, volver a tener los mismos apetitos anhelantes, y expectativas nunca satisfechas, que eran tan repugnantes para todo lo que nos ha descubierto de su naturaleza, como cualquier cosa que podamos suponer. Aunque algunas personas de humor ligero e inconexo podrían imaginarse un placer en ello, si tuvieran el poder de hacer tal rotación de cosas, subiendo y bajando, viniendo y desapareciendo, a su entera disposición; y los que tenían un temperamento sanguinario, podrían divertirse levantando y cortando vidas a su antojo con una mano arbitraria: pero seguro que nunca ganarían por ello la estima de ser sabios o buenos; y es como si con el tiempo se cansara del deporte. Pero formarnos tales ideas del Dios bendito, sería una injuria no inferior a la negación misma de su ser.

Su providencia hacia las criaturas inferiores no tiene semejanza con tal cosa; a quienes su generosidad sostiene conforme a sus naturalezas, que no tienen previsión de su propia cesación de ser, a

mantenlos en una muerte continua por la expectativa de ella; y que sirvan para fines valiosos y razonables mientras continúen; porque son útiles, en parte para la sustentación del hombre, y en parte para su instrucción, a fin de sus fines superiores. Y aunque cada individuo de ellos no lo haga realmente, es suficiente que los diversos tipos de ellos sean naturalmente aptos para ello, que se propagan de acuerdo con un curso establecido y ley de la naturaleza, en sus individuos: y si todos inmediatamente no sirven al hombre, sin embargo, lo hacen mediatamente, sirviendo a los que lo hacen más inmediatamente. Además, que cuando se iba a hacer tal obra, como el equipamiento y la realización de este mundo inferior, era necesario que todas las cosas fueran en número, peso y medida, y correspondieran en cada parte; como si uno construyera una casa para el entretenimiento, aunque las habitaciones más nobles solo estén a la vista, sin embargo, todo el resto se hace responsablemente decente, suponiendo que sea posible. Le convenía al augusto y gran Señor de este mundo, que tuviera en él, no sólo lo que puede sustentar al indigente, sino gratificar al contemplativo con fresca variedad; que sería propenso a volverse negligente al conversar solo con lo que fuera de la observación de todos los días. Tampoco fue un extremo bajo, cuando tal contemplación tiene una tendencia tan directa a elevar una mente considerada a la vista, el amor y la alabanza del Ser supremo, que ha estampado firmas e impresiones tan vivas de sus propias perfecciones en todas sus obras. . Si se dice, el hombre podría ser del mismo modo útil para la contemplación de los ángeles, aunque él mismo nunca conociera otra cosa que este estado mortal; es cierto que podría hacerlo; pero, sin embargo, las incongruencias de ninguna manera fueron salvadas, de que Dios puso una capacidad y expectativa en su naturaleza de un estado mejor; de que los trató con tanta dureza que procuró amarlo; de que nunca reivindicó su alto desprecio que pasó sus días en rebelión contra él. Además, que estos eran malos precedentes y no temas agradables para la vista de una mente angelical. Y si ven una naturaleza extinguida, capaz de su estado, ¿qué podrían sospechar de la suya? De modo que, de cualquier manera que dirijamos nuestros pensamientos, todavía vemos que la mortalidad del hombre y la propensión a una muerte inevitable, abstraídas de los pensamientos de otro estado, tienen ese aspecto constante, como si todos los hombre

Lo que queda, entonces, pero que concluimos aquí, no debemos abstraerlo demasiado, o demasiado, así; ni limitar demasiado nuestra mirada a este tema oscuro y lúgubre, la muerte y la tumba, ni impedir que mire más allá. Porque lejos esté de nosotros pensar que el Dios santo y sabio ha dado el ser al hombre (y en consecuencia ha ejercido una larga y continua serie de providencias a través de tantas edades sucesivas hacia él) en vano. Nada excepto la perspectiva de otro estado puede resolver el nudo y resolver la dificultad actual; puede darnos un relato verdadero del hombre, y para qué fue hecho. Por lo tanto, ya que sería profano e impío, triste e incómodo, una blasfemia para nuestro Hacedor y una tortura para nosotros mismos, decirlo como nuestra aprehensión y juicio establecidos, que Dios ha hecho al hombre para nada; estamos obligados y preocupados, tanto en justicia hacia él como en compasión hacia nosotros mismos, de representar el caso, de modo que podamos alejar un pensamiento tan indigno y negro a la mayor distancia de nosotros, tanto en sí mismo como en cualquier práctica. ser consecuente con esto: es decir, concluir que ciertamente debe haber otro estado después de este; y en consecuencia dirigir nuestro curso.—La mejora, entonces, del discurso anterior tendrá un doble aspecto:—sobre nuestros juicios y práctica.

1. Sobre nuestros juicios; para establecer en ellos este gran principio de verdad, la certeza futura de otro estado después de que esta vida haya terminado, para el cual este estado presente es solo preparatorio e introductorio. Porque mientras que nunca podemos dar una explicación racional de por qué una criatura como el hombre fue hecha, si limitamos todas nuestras aprehensiones acerca de él a su estado presente en la tierra: que trasciendan una vez esos estrechos límites, vuelen hacia la eternidad, y contémplo hecho. para un estado eterno de ahora en adelante, y la dificultad ahora se desvanece, todo el asunto se ve con un aspecto agradable y apropiado.

Porque ahora podemos representarnos el caso así a nosotros mismos: que el hombre fue puesto en este estado terrenal y morada, por la designación sabia y justa de su gran Creador y Señor, que su lealtad hacia él, en medio de las tentaciones y seducciones de las cosas sensibles, podría intentarse por un tiempo; que, repugnante de él, sólo le queda sentir aquí la

solo inteligente de su deserción sin causa; que, sin embargo, se utilizan métodos adicionales para su recuperación, que son los más adecuados para su estado tan deteriorado. Una luz disipada brilla para él en medio de las tinieblas, para que su ojo más débil pueda recibir una iluminación gradual, y contemplar a Dios en esos descubrimientos más oscuros que ahora se concede a sí mismo, hasta que gradualmente sea ganado a tener buenos pensamientos de él. , y volver en un conocimiento y amistad con él; la cual, una vez comenzada aquí, se perfeccionará más adelante en frutos eternos. La ofensa y el mal hecho a su Hacedor, él de una manera extraña e impensada se compensa a sí mismo; y da testimonio de su reconciliabilidad, y persuade a una reconciliación, en tales términos, y por medios tan afectuosos, como para derretir y apaciguar corazones de diamante; y prevalecerá eficazmente con muchos para que se sometan a sí mismos a los sujetos y ejemplos de su bondad admirada para siempre; mientras que otros yacen sólo bajo las consecuencias naturales y los justos resentimientos de su enemistad y locura sin remedio. Así son los gloriosos resultados de la dispensación de Dios para con el hombre, y la conducta sabia y misericordiosa de su gobierno igualitario, dignamente celebrada a través de los días de la eternidad con justas aclamaciones y alabanzas. No podemos fijarnos en nada excepcional o inexplicable, sí, o que no sea muy loable y digno de elogio en este curso de procedimiento. Por lo tanto, aunque ahora contemplamos una nube oscura de mortalidad que se cierne sobre toda la raza humana; aunque vemos que la tumba sigue devorando y todavía insatisfecha, y que todos son sucesivamente arrastrados a ella; y nos desconcertamos a nosotros mismos para asignar una razón por la que tal criatura se convirtió en un ser razonable, capaz de una duración eterna, para visitar el mundo solo y desaparecer, para conversar un breve espacio con objetos y asuntos tan por debajo de él, y retirarse sabemos no adónde: si aún nuestros ojos lo siguen a través de los senderos oscuros de la región de la muerte, hasta que en la siguiente aparición lo contemplemos revestido de inmortalidad y equipado para un estado sin fin, el asombro se acaba, y nuestro asombro cesa rápidamente.

Por lo tanto, pensemos así y consideremos: Seguramente el que hizo este gran universo y dispuso en él todas las clases, estaciones y movimientos de las criaturas en un orden y método tan exquisitos, no puede

pero ser un agente perfectamente sabio e intelectual, y por lo tanto no se puede suponer que haya hecho nada sin propósito; mucho menos cuando todas las criaturas inferiores tienen fines visiblemente respondiendo a la exigencia de sus naturalezas, haber hecho en vano una criatura tan excelsa como el hombre (la parte más noble de su inferior creación); que sólo debe quedar sin su fin proporcional, y después de una breve permanencia en el ser, volver a la nada, sin dejar conjeturable para qué fue hecho. Esto fuera una incongruencia tan intolerable, y tan diferente de los pasos que aparecen en todas partes en la sabiduría y la bondad divinas, que no podemos dejar de indagar más en este asunto, y concluir finalmente que fue creado para propósitos más elevados que los que están dentro de los límites de la naturaleza. alcance de nuestra vista, y su parte principal aún tiene que actuar en otro escenario, dentro del velo, que nunca será quitado. La futura inmortalidad del hombre parece, por lo tanto, tan ciertamente basada en lo que se descubre y generalmente se reconoce tocante a la naturaleza de Dios, y sus perfecciones más peculiares y esenciales, que a menos que se nos exija probar la existencia de un Dios, (que para ellos que no son necesidades racionales, y las que no lo son son en vano), no puede quedar ninguna duda razonable al respecto.

2. Por tanto, el uso adicional que tenemos que hacer del asunto propuesto, es en referencia a nuestra práctica: la cual puede servir apropiadamente tanto para corregir como para reprender, y también para dirigir y guiar.

(1.) Administra la base de la reprensión justa: que, dado que, si terminamos nuestros pensamientos y designios en las cosas solo de este lado de la tumba, parecería que fuimos hechos totalmente en vano; sin embargo, generalmente empleamos nuestros cuidados y esfuerzos en tales cosas, e incluso en las más viles y despreciables de estas; y así vivir no sólo para nuestra propia deshonra, sino para el reproche de nuestro Hacedor, como si él nos hubiera hecho para fines no más dignos. Y discutamos imparcialmente el asunto con nosotros mismos: ¿podemos, con sobria razón, pensar que fuimos creados solo para los fines que la mayoría de los hombres solo persiguen? ¿Tenemos alguna pretensión de pensar así? ¿O puede entrar en nuestras almas para creerlo?

¿No se avergonzarían los hombres de profesar tal creencia; o tenerlo escrito en su

frentes, estos son los únicos fines de los que son capaces?  
Entonces se podría leer, Tal hombre nacido para recordar a otros el nombre de su predecesor, y solo para que tal familia no necesite un heredero: tal para consumir tal propiedad y devorar la procedencia de tantas granjas y señoríos: tal para llenar tantos bolsos y arcas, para sostener el tumulto del que triunfa: unos creados para ver y hacer deporte; correr tras halcones y perros, o gastar el tiempo que su cansancio redime de conversar con los brutos, haciéndose tales, bebiendo el poco residuo de ingenio y razón que les queda; mezclando, con este gentil ejercicio, sus impuras y escandalosas bromas, para que se hagan amigos con la grata ocasión de probarse aún ser de raza humana, por esta única demostración que les queda, que saben reír; cuyo medio, si se conociera la sabiduría de los justos, se encontraría tan rico como para brindarles una doble conclusión, y sería tan eficaz, a menudo, para demostrar que son tontos como los hombres. Otros, se podría leer, nacidos para perturbar al mundo, inquietar el vecindario y ser la plaga común de todos los que los rodean; a lo menos, si tienen alguno a su alcance y poder que sea más sabio y más sobrio que ellos mismos, o que no valoren sus almas a precio tan barato como ellos; otros hicieron blasfemar a su Hacedor, desgarrar el sagrado nombre de Dios y probar su alto valor y la gallardía de sus valientes espíritus, desafiando al cielo y proclamando su heroico desprecio por la Deidad y por toda religión. ; como si se hubieran persuadido a sí mismos en una opinión, que debido a que han tenido un éxito tan próspero en los altos logros de conquistar su humanidad y desconcertar su propio miedo, razón y conciencia, la muerte también les dará una victoria tan fácil, o tened miedo de encontraros con hombres de tan temible valor: que el Dios del cielo, antes que ofenderlos, no se empeñará en derogar sus leyes por causa de ellos, o nunca exigirá su observancia a personas de su calidad; que nunca serán llamados a juicio, o serán cumplidos allí solamente con gran respeto, como personas que ejercieron mucha influencia en su país, y podrían contar tantos cientos o miles al año; que por lo menos, las llamas infernales nunca se atreverán a tocar a personajes tan dignos; que los demonios

prendedlos, no sea que lo tomen por afrenta. No se puede imputar presunción a estos hombres lo suficientemente absurdo como para superar el absurdo de su práctica. Ellos mismos no pueden pensar nada más grosero y vergonzoso que lo que diariamente no se avergüenzan de hacer. Porque ¿qué absurdo puede encerrarse en un pensamiento, mayor que el que aparece en un curso de vida manejado en perpetua hostilidad a todos los principios de la razón y la humanidad? Y o bien deben reconocer toda la impía locura de tales pensamientos, o confesar, por otros motivos, un enamoramiento igual en su facultad de pensar. Porque o piensan que su proceder es justificable, o no lo hacen. Si lo hacen, ¡cuán fatalmente se invierten todas las cosas en sus mentes depravadas! La sabiduría y la locura, la virtud y el vicio, el bien y el mal, les parecen transformados el uno en el otro, y ya no se conocen por sus propios nombres. Las nociones comunes de toda la humanidad no son sino fantasías ciegas en comparación con su posterior y más clara iluminación; y los antiguos sentimientos religiosos de todas las edades anteriores, sueños y locuras a su nueva luz admirada. Sus sabios y raros descubrimientos, que ellos y todas las cosas vinieron por casualidad, que este mundo no tiene Dueño ni Señor, (porque nunca tuvieron ingenio o paciencia para considerar las tonterías de ellos; y aunque nunca, ninguno de ellos, tuvo la suerte para ver un terrón de tierra, o un grano de arena, comenzar a ser, de la nada; mucho menos terreno para pensar que tal mundo debería hacerlo por sí mismo), son razón suficiente para burlarse del Ser eterno. , e intentar burlar a la religión del mundo, y a todos los demás hombres de su razón e ingenio, como lo han hecho ellos mismos. Y seguro que esta debe ser su única pretensión, y su ateísmo la mejor razón para justificar su práctica constante. Porque ¿quién puede pensar (mientras no los ve todavía encadenados) que estén tan completamente locos, como para reconocer solo a tal deidad (el autor y gobernante de todas las cosas) cuyos favores no valían nada, o ser procurados por afrentas; para quienes el desprecio era un sacrificio, y la violación de lo sagrado la propiciación más eficaz; ¿O lo reconocen como un Dios, a quien esperan dominar y prosperar en la guerra contra él?

Y si no reconocen ninguno en absoluto, y este es el artículo fundamental de su credo, que en verdad no hay ninguno; entonces ningún hombre puede

acusarlos de cualquier pensamiento más groseramente tonto que el suyo propio; ni pueden idear decir cosa alguna, por la cual argumentar más ciertamente que están desprovistos del entendimiento común de los hombres. Porque ¿quién que no sea así, si sólo se fija en su propio ser, no puede concluir con tanta certeza la existencia de un Dios, como que dos y dos son cuatro? ¿O qué imaginación puede ser demasiado absurda para tener lugar en esa mente, que puede imaginar esta creación como una casualidad? Se pensaría fuera de sí que dijera lo mismo de la composición de un reloj o de un reloj, aunque fuera mil veces más supponible. Pero si no se justifican a sí mismos, ¿de qué sirve presionarlos más con absurdos que persisten en constante autocontradicción: o que no les ha dejado tanto la sensación racional como para sentir en sus propias mentes la presión de la mayor absurdo? Si sólo presumen que lo hacen bien, porque nunca se han hecho la pregunta, ni han pensado en ella; esto habla tanto de una mente embrutecida como cualquiera de las demás, y es tan indigno de una criatura razonable. ¿Por qué tienen el poder de pensar? ¿O quiénes, en todo caso, incurrirán más generalmente en la censura de la imprudencia y la locura, que aquellos que sólo tienen este motivo para sus acciones, que no consideraron? ¿Especialmente cuando el caso es tan claro, y la reflexión más repentina descubriría la iniquidad y el peligro de su proceder? Y uno pensaría que nada debería ser más obvio, o que se le ocurra más fácilmente a la mente de un hombre, que contemplarse a sí mismo, y darse cuenta de que hay tal criatura en el mundo, provista de tales habilidades y poderes, para considerar: "¿Qué ¿Para qué fui hecho? ¿Qué debo considerar como mi propio fin?"—Ninguna cosa le parece más horrible que cruzar los confines de su creación.

(2.) También puede mejorarse para dirigir nuestra práctica. ¿Con qué propósito podemos tomar esta regla general, que sea tal como corresponde a la expectativa de un estado futuro: porque qué más nos queda, ya que en nuestro estado presente no contemplamos nada más que vanidad? Vemos así nuestro caso, que debemos medirnos a nosotros mismos por una de estas aprehensiones: o estamos hechos en vano, o estamos hechos para un estado futuro. ¿Y podemos soportar vivir de acuerdo con lo primero, como si

éramos impertinencias en la creación, y no teníamos nada propio en ella? Qué ingenioso no se sonrojaría de estar siempre en la postura de un inútil merodeador; estar todavía esperando, donde no tiene nada que hacer; que si se le pregunta, señor, ¿cuál es su negocio aquí? no tiene nada que decir. O cómo podemos soportarlo, vivir como si viniéramos al mundo por casualidad, o más bien por error; como si nuestra creación hubiera sido una desventura, algo que no se hubiera hecho si se hubiera pensado mejor; y que nuestro Creador se había excedido a sí mismo y había sido culpable de un descuido al darnos tal ser? ¿Quién, que tenga justo valor por sí mismo, o alguna reverencia por su Hacedor, podría soportar sufrir el reproche o ser culpable de la blasfemia que esto implicaría? ¿Y quién puede librarse de lo uno o lo otro, si no vive en alguna medida conforme a la expectativa de algo más allá de esta vida presente? Ciñámonos, pues, los lomos de nuestra mente, y pongamos nuestro rostro como personas que se proponen otro mundo; moldeando así nuestro curso, que todas las cosas puedan concurrir para significar a los hombres la grandeza de nuestras expectativas. De lo contrario, proclamamos al mundo (para nuestro propio error y el de nuestro Creador) que tenemos almas razonables que nos han sido dadas sin ningún propósito. Por tanto, nos preocupa y nos obliga tanto a apuntar a ese digno fin, como a descubrir y hacer visible que así lo hacemos.

Tampoco es un diseño para un estado inmortal tan mezquino y sin gloria, o tan irracional y desprovisto de una base sólida, que tengamos alguna causa para rechazarlo u ocultarlo; o no retener, o avergonzarnos de nuestra esperanza. Ni hay que hacer cosa alguna en prosecución de ella, tan indigna que necesite un rincón, o que requiera que se haga como obra de las tinieblas. Tampoco es una ostentación vanagloriosa, o la afectación de hacer ostentación de una excelencia por encima del tono vulgar, a lo que persuado: sino a una modesta y sobria confesión de nuestro designio y esperanza; sin aproximarse en modo alguno a una orgullosa arrogancia por un lado, ni a una mezquina pusilanimidad por el otro. Los Espíritus verdaderamente grandes y generosos saben llevar bajo el honor secular con ese decoro prudente y gracioso, como significará un justo poseerse a sí mismos, sin insolencias para con los demás. El valor real, aunque no se jacte, se mostrará por sí mismo; y aunque no des

deja de brillar. Debemos esforzarnos en la excelencia de un espíritu refinado de la tierra y la escoria, y aspirando a un estado de inmortalidad; (que) puede expresarse y brillar en su brillo nativo; con vigas propias, no prestadas; con una luz constante, uniforme, natural, no con una desigual, artificial; para que todos los que quieran, puedan ver por la firme tendencia de nuestro curso, que estamos apuntando a las grandes cosas de otro mundo: aunque nosotros, todo el tiempo, no estamos tan solícitos para que nuestro fin y propósito sean conocidos, como para obtener eso.

Y en verdad, puesto que los viles hijos de la tierra, los hombres sensatos, que no aspiran a otro fin que a satisfacer su brutal apetito con un placer tal que sólo puede alcanzarse en una corta vida en este mundo, y que viven para el oprobio de su Hacedor, y de la humanidad, no oculten la infamia de su bajo designio, ni oculten la bajeza degenerada de sus espíritus mezquinos; pero mientras hacen de su vientre su dios, y sólo se preocupan por las cosas terrenales, también se glorian en su vergüenza: ¡cuán bajo el estado y el espíritu de los hijos de Dios, que se están preparando dignamente para una inmortalidad gloriosa, avergonzarse! de su gloria, o pensar en robar un pasaje al cielo en la oscuridad! No; háganles saber que no sólo es una cosa demasiado mala para ellos involucrarse en el espíritu común del mundo sensual, sino incluso parecer que lo hacen; y que esto es una cosa tan sucia e ignominiosa, en cuanto a lo que a ellos se refiere, para estar libres no solo de la culpa, sino de la sospecha. Aquellas almas dignas que en días anteriores y más oscuros estaban ocupados en buscar la patria celestial, pensaron que les convenía confesarse peregrinos y forasteros en la tierra (Heb. 11;) y en ello declarar claramente que buscaban aquella patria mejor. . Cual confesión y simple declaración no necesitamos entender como meramente verbal, sino también práctica y real; tal que pueda entenderse como el lenguaje de sus vidas, y de un curso de acción constante, uniforme, conforme a tal diseño.

Por lo tanto, reflexionemos sobre qué temperamento mental y forma de vida pueden ser más conformes a este diseño, y convertirnos en las mejores personas que pretenden hacerlo: con lo cual pronto encontraremos nuestro propio

pensamientos instruyéndonos, que tales cosas como estas serían más apropiadas y apropiadas en referencia a ellas; y que, por lo tanto, podemos tomar como tantas direcciones particulares para gobernar nuestros espíritus y comportarnos de manera responsable ante una expectativa tan grande.

Primero. Que nos esforcemos por una indiferencia tranquila y un temperamento mental desapasionado hacia los diversos objetos y asuntos que pertenecen a esta vida presente. Hay límites muy estrechos ya fijados, por la naturaleza de las cosas mismas, a todo el valor objetivo real que tales cosas tienen en ellas; y es parte de la sabiduría y la justicia establecer los límites proporcionales a todos los pensamientos, preocupaciones y pasiones que sufriremos para despertar en nuestras mentes con referencia a ellos.

Nada es un carácter reconocido más evidente de un tonto, que en cada pequeña ocasión para estar en un transporte. Ser muy tomado con cosas vacías, presagia un espíritu vacío. Es parte de la fortaleza varonil tener un alma tan cercada contra las impresiones extrañas, como para no emocionarse con cosas que tienen poco en ellas; mantener nuestras pasiones bajo un control estricto y constante, que sean fácilmente retractables y enseñadas a obedecer; no moverse hasta que una razón severa haya auditado el asunto y declarado la ocasión justa y valiosa, en cuyo caso el mismo temperamento varonil no se negará a admitir un sello e impresión proporcionados del objeto que ocurre. Porque es igualmente una prevaricación de la verdadera virilidad, ser movido con todo y con nada: el primero hablaría del espíritu de un hombre como una pluma, el segundo como una piedra. Una total apatía e insensibilidad de los sucesos externos ha sido el objetivo de algunos, pero nunca el logro de los más altos pretendientes. Y si lo hubiera hecho, no debería haber sido su jactancia; como en pensamientos sobrios no se puede considerar una perfección. Pero debe procurarse que las pasiones, que no deben ser desarraigadas (porque son plantadas por la naturaleza), sean, sin embargo, controladas y deprimidas tan discretamente, que no crezcan hasta una altura tan enorme como para sobrepasar la capacidad intelectual de un hombre. poder, y arrojó una sombra oscura sobre su alma. Se debe mantener una autoridad racional, una continencia y dominio de uno mismo, que no haya una profusión impotente, y que nunca nos afecte tanto con nada, pero que el objeto todavía pueda garantizar y justificar

el afecto, tanto por la naturaleza como por el grado del mismo. Cuya regla, si la observamos estrictamente y la aplicamos al presente caso, rara vez nos encontraremos con alguna preocupación temporal que deba conmovernos mucho; tanto por la pequeñez de tales cosas en sí mismas, como por el hecho de que tenemos cosas tan indeciblemente mayores en nuestra opinión y diseño.

Conforme, pues, a nuestra tan grande expectativa, debemos más particularmente vigilar y reprimir nuestras inclinaciones, apetitos y afectos hacia cada especie y clase de objetos, que el tiempo y este estado presente tiene dentro de sus límites. Como, ¡con qué desdén debemos mirar esa vana vanidad de ser ricos! ¡Con qué frialdad y descuido debemos perseguir, con qué despreocupación debemos perder, cualquier cosa que pueda darnos derecho a ese nombre! La búsqueda de una bagatela tan despreciable con un deseo violento y perentorio, como para sufrir una desviación de nuestro diseño para otro mundo, es hacer que nuestra esperanza eterna sea menos que nada (porque para los pensamientos tranquilos y sobrios de cualquier hombre, esto será encontrado tan poco:) y así equivaldrá a un abandono total de todas nuestras pretensiones a un estado futuro mejor; es decir, cuando nos entregamos a este apetito extraño, irracional, salvajemente fantasioso y puramente jocoso (del cual ningún hombre puede dar una explicación tolerable), que se vuelve voraz; cuando devora el tiempo de un hombre, sus pensamientos, la fuerza y el vigor de su espíritu, se traga sus designios más nobles y se dedica a la ociosidad de no saber qué ni por qué, su principal negocio. Especialmente cuando la conciencia misma se convierte en un sacrificio a este ídolo impuro, no santificado; y se renuncia por completo a la pregunta: "¿Es esto justo y honesto?" y nada se considera, sino que es cómodo y provechoso.

Sin embargo, (si aquí tomamos la responsabilidad de emitir un juicio sobre otros hombres), de ninguna manera será ingenioso o justo que en asuntos menores y discutibles, hagamos de nuestras propias aprensiones una medida y patrón para ellos. Comúnmente son más propensos a hacerlo quienes menos han estudiado el asunto, y no tienen más que su ignorante confianza para darles derecho a la silla del dictador; donde, sin embargo, habiéndose puesto ellos mismos, derraman generosamente sus censuras y reproches sobre todos los que no creen que es conveniente tirar sus propios ojos y ver con los malos; y concluir que no tienen conciencia, los que no van

de acuerdo con el de ellos: y que no pueden dejar de tener algún designio vil, quienes en cualquier cosa presumen de desviarse de su juicio, especialmente si la ventaja, en cualquier aspecto temporal, está del lado del cual disienten.

Nada, en efecto, puede concordar tanto con el espíritu y el designio de quien se cree hecho para otro mundo, como el valiente y generoso desdén de rebajarse al señuelo del emolumento presente, para así verse arrastrado a la menor cosa que no juzga defendible por las reglas más severas de la razón y la religión; que iban a abandonar un cielo sereno por lodo y suciedad. No hay nada en este mundo de ese valor, o digno de ser comprado tan caro, como con la pérdida y confiscación del resto y el reposo de una mente tranquila, benigna, pacífica y complacida consigo misma. Es suficiente, si uno se encuentra, por dificultades que no puede dominar, obligado a disentir de las personas más sabias y piadosas, plácidamente y sin confianza impropia, para continuar en el camino que su presente juicio le permite; llevando consigo un modesto sentido de la debilidad humana, y cuán posible es que el error sea de su parte: debiendo aún relevarlo contra tal suposición, la claridad de su propio espíritu, la conciencia de su inocencia de cualquier mala disposición o diseño, de su capacidad de instrucción y preparación para admitir una convicción si se equivoca: y aunque nunca esté tan completamente persuadido acerca de la cosa en diferencia, sin embargo, para considerar la pequeñez de ella, y cuán poco motivo tiene para gloriarse, si él sabe en este importa más que otros, que posiblemente saben diez veces más que él, en asuntos mucho más grandes e importantes. Pero, en materias claramente determinadas por principios comunes convenidos, prevaricar por una indulgencia al mero apetito, entregarse a prácticas aparentemente inmorales y flagrantes, solo para cumplir y no satisfacer los deseos sensuales, es el carácter de quien ha abandonado la esperanza común de todos los hombres buenos; y quien, para tener su suerte con las bestias en este mundo, no teme tenerla con los demonios en el otro. Y es, por la misma razón, igualmente impropio de aquellos que fingen esta esperanza, estar visiblemente preocupados y descompuestos por las pérdidas y desilusiones que p

los acontecimientos les impiden tener mucho de este mundo, o les privan de lo que tienen. Corresponde a aquellos que consideran que sus cosas buenas vendrán en el futuro, mostrar por su conducta igual y aspecto alegre en tal caso, que no se ven afectados en sus intereses más considerables. Sí, aunque sufran no sólo pérdidas, sino heridas; y además de que son condenados, (tanto como tales cosas pueden significar) se encuentran agraviados; y aunque más problemas y peligros los amenazan de la misma manera; deben evidenciar cuánto está por encima del poder del azar o de la malicia, no sólo hacerlos miserables, sino incluso perturbarlos o entristecerlos: que no son felices por una casualidad: y que su felicidad no está en el mando de aquellos que no pueden mandar a los suyos: que sólo depende de la constitución interna y la estructura de sus propios espíritus, atemperados a los objetos benditos del mundo invisible; por lo que tienen la seguridad de disfrutarlos plenamente en el futuro, y los presentes disfrutan agradecidos de ellos mientras tanto; y por lo tanto, que pueden ser felices sin la bondad del mundo, ya pesar de su crueldad: que tienen algo dentro de ellos, por lo que pueden regocijarse en la tribulación; siendo atribulados por todas partes, pero sin angustiarse: para "tomar con gozo el despojo de los bienes, sabiendo que tienen en sí mismos una sustancia mejor y duradera en los cielos"; ni sufrir ni descubrir perturbación o inquietud alguna; que no se les enturbie el alma, ni se les ponga en desorden; ni que nube alguna se pose sobre su frente, aunque parezca que penden sobre sus cabezas nubes tenebrosas y lúg

Y el mismo absurdo sería permitirse una libertad ilimitada de placeres sensuales. Porque eso parece una desesperación de futuro; como si un día fuera una gran ganancia para comer y beber, porque mañana debemos morir. Una timidez abstemia aquí es hermosa; un saborear sólo las delicias, de las cuales otros se dejan tragar; una prudente reserva y moderación, de modo que lo que ha de causar en los demás un desmesurado transporte y difusión de sí mismos, sea agasajado, no con cínica morosidad, sino con grata compostura y ordenada complacencia; manteniendo la debida y uniforme distancia entre la ligereza y la acidez. Sin embargo, hay una naturaleza

retiro en el humor de algunos hombres; y en otros una aversión a los placeres, que proceden únicamente de una estimación racional de su vacuidad y vanidad en sí mismos, que, sin embargo, pueden quedar muy por debajo de lo que requiere el presente caso; cuya exigencia no queda satisfecha en modo alguno, sino cuando tal moderación es el producto de un juicio comparativo entre los deleites del presente y los del estado futuro: cuando uno disfruta tanto de cualquier cosa en este mundo, como para estar bajo el poder de nada, debido a la influencia más prevaleciente bajo la que está bajo el poder del mundo venidero; cuando su fe es la madre de su sobriedad, y su negación de los deseos mundanos fluye de la expectativa de la esperanza bienaventurada; cuando, por estimar más, y por no perder los placeres eternos, se comporta de tal manera con todos los temporales, que ni abusa de los lícitos, ni se deja abusar de los ilícitos; no excederse en lo uno, ni tocarse con lo otro.

Así también debemos considerar los honores y la dignidad seculares; ni hacer de ellos motivo de nuestra admiración, afectación o envidia. No debemos contemplarlos con un ojo libidinoso, ni dejar que nuestro corazón tenga sed de ellos; no valorarnos más por ellos, si son nuestra suerte, ni dejar que nuestro ojo se deslumbre de admiración, o se tuerza de envidia, cuando los contemplamos como ornamentos de otros. No debemos expresar ese desprecio por ellos, que puede constituir una violación de la civilidad o perturbar el orden y la política de las comunidades a las que pertenecemos. Aunque esto no sea de nuestro propio país, y todavía debemos considerarnos como peregrinos y extranjeros mientras estemos aquí; sin embargo, no es extraño que sean insolentes o groseros en su comportamiento, donde residen; cuanto mayor sea el valor que justamente puedan tener de su propio país. A la grandeza secular debemos rendirle el debido respeto, sin idolatría, y no despreciarla ni adorarla; considerando, a la vez, el requisito de tal cosa en el estado actual, y la gloria superior de la otra: como si por prudencia y buenos modales nos abstuviéramos de provocar afrentas a un sachem americano, o sagamore, si viajáramos o conversar en su país; sin embargo, no podíamos tener gran veneración por ellos, habiendo contemplado la pompa real y la grandeza de nuestro

él, que era él mismo un cortesano y el favorito de su mucho más glorioso soberano, a quien pronto atenderá en su casa, no podría tener una gran tentación de demandar cargos y honores, o rendir un homenaje intrínseco muy profundo, a un tan mezquino e inexpresivo. imagen de realeza.

Seguramente de ninguna manera puede convertirse en alguien que busca y espera el honor y la gloria que está en conjunción con la inmortalidad (Rom. 2: 7) aficionarse a los títulos vanos con los que los pobres mortales suelen complacerse; o hacer uno entre la obsequiosa y servil compañía de aquellos cuyo negocio es cortejar a una sombra que se desvanece, y tentar a una nimiedad digna a creer que es una deidad; para escabullirse y encogerse por una sonrisa de una frente altanera, y poner su cielo en los desdeñosos favores de aquel que, puede ser, pone los suyos tanto en tu homenaje; de modo que corresponde al poder del suplicante ser su creador, cuya criatura pretende ser. ¿Qué ojo no descubriría pronto la grosería de este absurdo? ¿Y qué ingenio no se sonrojaría de ser culpable de ello? Dejemos entonces que los gozosos expectantes de una inmortalidad bendita pasen por la atareada multitud de este fantasioso intercambio; y contempladlo con tan poca preocupación como un grave estadista contemplaría los juegos y las acciones ridículas de los niños pequeños; y con tan poca inclinación mental, como si tuviera que dejar su negocio e ir a jugar con ellos; otorgando allí, solo la mirada transitoria de un ojo descuidado o compasivo, y aún reservando su atención, vistas firmes para la gloriosa esperanza puesta delante de ellos. Y con una indiferencia proporcional deben mirar y contemplar las diversas alteraciones de los asuntos políticos; sin importar más la constitución o la administración del gobierno que el interés del Gobernante universal, el bienestar y la seguridad de su príncipe o país, están involucrados en ellos. Pero cuántos, bajo el engañoso pretexto de un espíritu público, se dedican exclusivamente a inspeccionar y entrometerse en estos asuntos, incluso con uno de los más mezquinos privados e interesados; velando por el público más allá de los límites de su propia vocación, y sin otro propósito que aprovechar una oportunidad de servir a sus propios turnos! Cuántos que se paran perpetuamente ante una mirada, en una expectativa en suspenso de cómo irán las cosas.

he aquí cualquier pronóstico favorable a la parte a la que han creído conveniente adictos; contento o deseoso de verlo absorber el poder y captar la suma de las cosas; no por ningún sentido de los deberes hacia los vicerregentes de Dios, no por amor a la justicia o estudio de la utilidad pública, ¡sino para que la suerte más feliz les suceda o les quede a ellos! Estos hombres son absorbidos y tragados por el espíritu de este mundo, contemplados sólo en esta región sublunar, se unen a la tierra para participar en todos sus dolores, paroxismos y movimientos trémulos. Por el latido de su pulso podéis conocer el estado de las cosas en este mundo inferior, como si fueran de la misma pieza y tuvieran una sola alma con ella. Hágales ver tiempos y un estado de cosas en la tierra adecuado a su genio, y usted les da una nueva vida y alma. Redúzcalos aquí a la desesperación, y (tan poca comunión tienen con los asuntos de ese otro país), la representación más engañosa que se les pueda hacer del mundo venidero no los estorba, sino que sus corazones languidecen y mueren, y ser como piedras dentro de ellos.

Pero esa alma elevada que lleva consigo las aprensiones vivientes de que está hecha para un estado eterno, lo intenta con tanta seriedad, que siempre será un descenso y una concesión con ella, si se permite darse cuenta de lo que están haciendo los atareados mortales. en sus (como ellos las consideran) grandes negociaciones aquí abajo; y si hay una sospecha de aptitud o inclinación a entrometerse en ellos en perjuicio de quién pertenece esa parte, puede decirle de todo corazón (como el filósofo al tirano celoso): "Nosotros en esta academia no estamos en el ocio pensar en cosas tan malas; tenemos algo más que hacer que hablar de ti". Todavía tiene ante sus ojos la imagen de este mundo que se desvanece y desaparece; del otro, con los eternos asuntos y preocupaciones de él, incluso ahora listo para tener lugar y llenar todo el escenario: y puede representarse a sí mismo la visión (no de una fantasía melancólica o un cerebro enloquecido, sino de una fe racional, y una mente sobria y bien instruida,) del mundo disolviéndose, monarquías y reinos desmoronándose, tronos cayendo, coronas y cetros tirados como cosas descuidadas. Tiene un telescopio a través del cual puede contemplar la aparición gloriosa del Juez Supremo; el sole

estado de su majestuosa persona; la espléndida pompa de su magnífico y numerosísimo séquito; la obsequiosa multitud de gloriosas criaturas celestiales, rindiendo homenaje a su eterno Rey; el veloz vuelo de sus guardias reales, enviados a los cuatro vientos para reunir a los elegidos, y cubriendo la faz de los cielos con sus alas extendidas; la atención silenciosa universal de todos a esa trompeta que suena fuerte, que sacude los pilares del mundo, perfora las cavernas internas de la tierra y resuena desde todas partes de los cielos circundantes; las muchas miríadas de gozosos expectantes que se levantan, cambian, se revisten de gloria, toman vuelo y luchan hacia arriba, para unirse a la hueste celestial triunfante; el juicio establecido; los libros abiertos; las espantosas miradas asombradas de miserables sorprendidos; la igual administración de la sentencia definitiva; la adjudicación de todos a sus estados eternos; los cielos se enrollaron como un rollo; la tierra y todo lo que hay en ella consumido y quemado!

Y ahora, ¿qué espíritu le queda más hacia los asuntos triviales de un mundo que se desvanece? ¡Cuán indiferente es la cosa para aquel que se lleva a sí mismo más alto en un estado de cosas del cual prevé el fin cierto que se apresura; aunque no descuidará el deber de su propio lugar; está sinceramente interesado en que el conocimiento y el temor de Dios se obtengan más generalmente en este mundo apóstata; ¡y está dispuesto a contribuir con sus máximos esfuerzos regulares para la preservación de la paz y el orden comunes en sumisión al presente! Sin embargo, abstraídas de estas consideraciones, y de las que se han mencionado antes, no le preocupa más quién está arriba, de lo que le preocuparía pasar junto a un enjambre de moscas, que tiene las alas más largas, o que supera al resto en vivacidad o vivacidad. de movimiento Y por sí mismo, puede insertar esta entre sus más serias acciones de gracias, que mientras a los demás les incumbe el cuidado de velar por la paz y seguridad pública, él puede sentarse quieto y conversar con Dios y sus propios pensamientos más sosegados. Cuán seguro está en esto, que la sabiduría infinita gobierna el mundo; que todas las cosas se dispondrán de la mejor manera, a los mejores y más valiosos fines; que un estado de aflicción nunca caerá sobre los hombres buenos, sino que cuando sea más apto y más conducente debe hacerlo; que la prosperidad codicia el a

los negó, pero cuando sería pernicioso! ¡Cuán tranquilo está él en medio de los problemas externos! ¡Qué espíritu plácido y sereno habita en su seno apacible! Cuando todas las cosas se estremecen a su alrededor, él no es estremecido. Soporta todo tipo de problemas, pero no crea ninguno para los demás, ni se ve perturbado por ninguno. Pero aquellos que se deleitan en ver este mundo rodando o fijo como más puede servir a sus propósitos privados, y tienen una pelea perpetua con él mientras no los mira con amabilidad, su vida está ligada a él; y sus pretensiones ante otros no son más que las nociones lánguidas y débiles de lo que nunca creen ni desean de todo corazón. Sobre todo el asunto; nada es más agradable a esta gran expectativa que una firme moderación y moderación de nuestras pasiones hacia las cosas externas a nosotros; es decir, todas las diversas clases de objetos y asuntos externos que invitan y tientan de manera tan variada nuestra observación y consideración en este nuestro estado actual.

En segundo lugar. A continuación añado: una congruencia adicional, si pretendemos esta expectativa, es que no nos dediquemos demasiado a cuidar el cuerpo. Porque esto parece un diseño (o ese deseo inconsistente) de perpetuar nuestro estado actual; y que los pensamientos están alejados de nosotros de un cambio para uno mejor. Como si, a pesar de todo lo que la bondad divina ha prometido con respecto a la herencia futura de la simiente libre y nacida del cielo, esto todavía estuviera más cerca de nuestros corazones: "¡Oh, que Ismael viva delante de tus ojos!" y que la creencia languideció miserablemente con nosotros, de cualquier parte mejor que lo que nuestros ojos ya contemplan; junto con la aprehensión de un ser espiritual en nosotros, para madurar en una capacidad completa y actual de disfrutar lo que es mejor. Es cierto que todas las obras exorbitantes de esas pasiones más bajas e innobles, que son movidas por objetos y ocasiones externas y ajenas a nosotros, tienen el cuerpo por su primero y último, su resorte y fuente, su centro y fin. Pero de allí se vuelve más apropiado y requisito que nos acerquemos a este su asiento y centro, y golpeemos la raíz; y al matar ese amor y solicitud desmedidos por el cuerpo, mortificarlos todos a la vez. De hecho, estamos tan lejos de cumplir con el placer de nuestro Hacedor, como para no despreciar la morada mezquina que él nos ha asignado por un tiempo en el cuerpo: pero, además, tener cuidado de no cruzarlo y resistirlo, como para hacer el cuidado

para el cuerpo todo nuestro negocio; que él sólo nos ha encomendado en subordinación a un negocio indescriptiblemente mayor y más importante. Su salud y bienestar deberían, según cuentas muy valiosas, ser cuidadosamente preservados por todos los medios prudentes: pero complacer sus deseos perezosos y cumplir con sus licenciosas ansias salvajes está muy por debajo de nosotros, una vil deshumanización de nosotros mismos; y significaría, como si un concepto tan absurdo hubiera pasado con nosotros a un juicio establecido, que un espíritu inmortal razonable fue creado solo para cuidar y servir a un bruto. Es monstruoso contemplar cómo multitudes de común acuerdo que profesan estar de acuerdo en la creencia de la naturaleza inmortal de sus almas, sin embargo aceptan degradarlas y esclavizarlas al más vil servilismo de sus cuerpos mortales; de modo que a éstos se les permite darles leyes, prescribirles reglas de vida y cuál será su empleo diario. Pues observa los designios que impulsan, y cuál es la tendencia de sus acciones y asuntos; (de donde se ha de hacer el juicio sobre sus pensamientos internos, deliberaciones y resoluciones), ¿y no es el cuerpo la medida y la marca de todos ellos? ¿Qué importancia o significado tiene, en este curso, un diseño para el futuro? Y (lo que aumenta la locura de esto a una maravilla) ¡pueden hacer un cambio para continuar así de año en año, y no darse cuenta del absurdo! Acuerdan justificarse cada uno a sí mismo, y unos a otros. La vulgaridad del curso elimina todo sentido de la horrible locura del mismo. Y porque cada uno hace lo que hacen los demás, parece que se imaginan que todos lo hacen bien, y que no hay nada objetable en el caso; y prosiguen, como la oveja tonta, Non quâ eundum est, sed quâ itur: "no como deben hacerlo, sino como ven que otros van antes que ellos".—Sen.

Pero, si se pudiera encontrar algún lugar para pensamientos serenos y sobrios, ¿qué se consideraría una impertinencia más grande que esforzarse tanto por mantener una vida corporal sin considerar para qué servirá esa vida? emplear nuestro máximo cuidado para vivir, pero vivir para no sabemos qué? Nos conviene ser pacientes con el cuerpo, no cariñosos; tratar y usar nuestros cuerpos como cosas que pronto serán desechadas y puestas a un lado; cuidarlos, no por sí mismos, sino por las obras que tenemos que hacer en ellos; y dejar que ellos mimen y mimen el cuerpo

esperar nunca vivir de ello: no preocuparnos de que las circunstancias de nuestro estado corporal sean tales que satisfagan nuestros apetitos, sino que respondan a los fines para los cuales nuestro Hacedor consideró adecuado que vivamos un tiempo en el cuerpo; teniendo en cuenta que estamos alojados en estos miserables receptáculos (aunque algo cómodamente, todavía), pero por poco tiempo, y con grandes propósitos, y más preocupados por nuestro viaje y hogar, que por nuestro entretenimiento en nuestra posada; soportando con satisfacción la falta de adaptaciones corporales que no son fáciles de superar y la presión de inevitables enfermedades corporales; no compadecemos mucho de nosotros mismos por causa de ellos; ni lamentándolo profundamente, si las necesidades y dolores pellizcan nuestra carne; es más, aunque vemos perecer al hombre exterior, podemos encontrar que el interior se renueva día tras día.

En tercer lugar. Que nos propongamos con toda la intención de nuestras almas, ocuparnos de las preocupaciones del estado futuro, las cosas invisibles del otro mundo; y dirigir la corriente principal de nuestros pensamientos, deseos, esperanzas y alegrías hacia allí. ¡Pues cuán altamente justificable y apropiado es que nos preocupemos principalmente por el estado y las cosas para las que estamos hechos! Por lo tanto, deberíamos familiarizarnos con estos, y usar nuestro espíritu para estos temas más nobles y agradables: contando a menudo cuán indigno es de ellos arrastrarse por el polvo, o elegir los objetos de su conversación solo por las medidas que se toman. del sentido Es una iniquidad que, aunque Dios puede ser tan misericordioso con nosotros como para perdonarnos, no deberíamos perdonarnos fácilmente a nosotros mismos, que tan a menudo hayamos elegido conversar con cosas vacías, mientras que cosas tan grandes han invitado a nuestros pensamientos en vano. Su lejanía de los sentidos tiene poca excusa, y es indigna de una criatura razonable. Me parece que deberían avergonzarse de alegarlo los que se consideran dotados de un poder intelectual que, en muchos otros casos, controla el juicio de los sentidos y lo acusa de falsedad. ¿No nos avergonzaríamos de profesarlo por principio, que no hay nada real que exceda la esfera de nuestro sentido? Consideraríamos parte de la modestia no atribuir demasiado a nuestro propio entendimiento, o presumir demasiado de nuestra capacidad intelectual, en contra del juicio de personas sabias y conocedoras. ¿Cómo es, entonces, que pensamos que no es inmodesto oponernos a las aprensiones de nuestros

sentido torpe e incapaz, a la fe y razón común de todos los hombres buenos y sabios que están o han estado en el mundo, así como a la nuestra? Si no hemos visto cuál es el estado de las cosas en el otro mundo, ¿no se nos dice? ¿Y no tenemos suficiente para asegurarnos que es Él quien nos ha dicho, cuya naturaleza no puede tolerar que nos imponga o represente las cosas de otra manera que lo que son? ¿Quién más puede ser el autor de una persuasión tan común? Si algún hombre hubiera sido el primer inventor de la opinión de que hay otro estado de cosas que sucede a este, ¿no se habría dado por sentado que era así? ¿No la habría reconocido y no se habría gloriado en ella? ¿O no habrían conservado alguno de sus discípulos prosélitos su nombre y su memoria, y los habría transmitido a la posteridad? ¿Podría una secta tan vasta estar sin jefe o maestro, conocida y celebrada entre los hombres?

Opiniones menos plausibles encuentran algunos dueños; ¿por qué no se dice quién fue el primer bromista de esto? Y si no puede encontrar otro padre para él, sino el que fue el Padre de nuestros seres, ¡cuán agradecido debería sernos tal descubrimiento, tanto por su bien como por el suyo propio! Por su cuenta, seguramente lo consideraríamos digno de ser creído; y por sí mismo, para ser considerado y seriamente pensado, con el mayor deleite y sentido del placer.

Muchas cosas que consideramos considerables en cuentas mucho más bajas, las creemos de tal manera que permitimos que ocupen nuestros corazones e influyan en nuestra práctica, con evidencia mucho más baja. ¡Cuán enteramente los espíritus de los hombres están ocupados muchas veces en asuntos más insignificantes, de los cuales solo tienen un informe (mucho más incierto y falible) de unos a otros! ¿Qué pretexto podemos tener, sino mirar el testimonio de Aquel que nos hizo, descubriéndonos cosas tan grandes, tan importantes, tan racionales en sí mismas, aunque no hayan sido reveladas tan expresamente?

Por lo tanto, llevemos el asunto a un punto claro y corto, y lleguemos a una resolución con nosotros mismos; ¿Tenemos razones para creer tales cosas, o no? Si podemos imponernos a nosotros mismos hasta el punto de pensar que no lo hemos hecho; o sentirnos tentados a una abnegación tan abyecta, tan innecesaria e injustificable, a una estima tan baja de nuestro propio ser, como para considerar que las cosas de esta tierra y del mundo presente tienen suficiente en ellas para responder a cualquier fin que podamos suponer nosotros mismos hecho para; nos

no nos burlemos más del mundo, fingiendo creer lo que no creemos. Pero si este es nuestro juicio firme, y lo confesamos y reconocemos, que creemos estas cosas; dejemos de exponernos y ponernos en ridículo, contrarrestando nuestra propia creencia profesada en asuntos de tal actualidad, fingiendo creer y despreciándolas al mismo tiempo. Es absurdo y tonto creer tales cosas y no preocuparnos mucho por ellas, o no dejar que nuestras almas y nuestra práctica sean gobernadas y gobernadas por ellas; no dejar que nuestros deseos, preocupaciones, esperanzas y alegrías sean influenciados al máximo. ¡Cuán racional es aquí, estar profundamente solícito que por la inadecuación de nuestros propios espíritus no derrotemos nuestras propias expectativas! ¡Qué placentero y delicioso (previsto ese peligro) sentarse y comparar nuestro presente con nuestro estado esperado; lo que somos, con lo que esperamos ser dentro de poco! Pensar en intercambiar en breve, enfermedad, contaminación, oscuridad, deformidad, problema, queja; por el poder, la pureza, la luz, la belleza, el descanso y la alabanza; ¡qué agradable, si nuestros espíritus se adaptan a ese estado! El esfuerzo del cual es una congruencia adicional en el presente caso, a saber:

Por cuartos. Que hagamos de nuestro negocio principal la intención de nuestros espíritus, para adornar y cultivar nuestro hombre interior. ¿Qué más nos conviene, si consideramos que tenemos algo en nosotros hecho para la inmortalidad, que otorgar nuestro principal cuidado a esa parte inmortal? Por lo tanto, descuidar nuestros espíritus, que se declaran capaces de un estado tan elevado, dejarlos languidecer bajo el desgaste de la enfermedad, o dejarlos como el campo del perezoso, cubierto de espinas y zarzas, es una calumnia tan vil como la que podemos ponernos a nosotros mismos y a los nuestros. profesión. Por lo tanto, debemos hacer de esto el tema de nuestro ferviente estudio, cuáles serían las mejoras y adornos apropiados de nuestros espíritus, y los cualificarán más adecuadamente para el estado en el que estamos entrando; y de nuestra observación diaria, cómo tales cosas prosperan y crecen en nosotros. Especialmente, no debemos estar satisfechos, hasta que encontremos en nosotros mismos una refinamiento de esta tierra, una completa purgación de todos los grados indebidos de inclinación sensual y afecto, el consumo de nuestra escoria por un fuego sagrado del cielo, un espíritu de juicio y de incendio; una aptitud para los ejercicios y placeres espirituales, alta co

Dios, amor ferviente, postura de adoración del alma, formada para la veneración de la eterna sabiduría, bondad, poder, santidad; profunda humildad y abnegación de nosotros mismos; un estado de ánimo loable, muy acostumbrado a felicitaciones y acciones de gracias; un amor grande y universal, imitando en lo posible lo divino; una propensión a hacer el bien a todos; una compostura constante y un temperamento sereno de espíritu, el reposo y el descanso de una mente contenta, no bulliciosa, ni propensa a la inquietud, o a crear tormentas para nosotros o el mundo, todo lo adecuado para las regiones felices, donde nada más que la pureza perfecta, la devoción entera a Dios, el amor, la bondad, la benignidad, la complacencia, el orden y la paz, tendrán lugar para siempre.

Debemos estar constantemente atentos a esto como el negocio de nuestras vidas, nuestro trabajo diario, para tener nuestros espíritus tan templados y adaptados al cielo, que si nos preguntan, "¿Qué diseño manejamos? ¿Qué estamos haciendo?" tal vez podamos dar esta respuesta verdadera: "Nos estamos vistiendo para la eternidad". Y puesto que nada se requiere para esto, eso es simplemente imposible, nada sino lo que es agradable a nuestras naturalezas, y sería una perfección para ellas; ¡Cuán digna y encomiable sería la ambición de estar siempre aspirando a no descansar o tomar por debajo del nivel más alto de excelencia alcanzable en este tipo de cosas; contando cada grado de ello como debido a nuestras naturalezas, y que no tienen lo que les pertenece, mientras que todavía falta algo de bondad moral intrínseca real; y no sólo debido, sino necesario, y de lo que tendremos necesidad en referencia al estado en el que pronto vamos a entrar; que a menos que tales cosas estén en nosotros y abunden, ¡no podemos tener una entrada abundante en el reino eterno! Y si nosotros, fingiendo tal expectativa, omitiéramos tales esfuerzos para prepararnos, sería como si un campesino sin educación se lanzara, con la expectativa de altos honores y ascensos, a la corte del príncipe; o como si un hombre distraído esperara ser empleado en los asuntos de estado más grandes e intrincados; o un idiota sin instrucción se encarga de profesar y enseñar filosofía.

Por lo tanto, consideremos: ¿Somos conscientes de que no somos aptos para ese bendito estado; ¿Morar en la presencia del Dios santo, estar asociado con la asamblea celestial de espíritus intelectuales puros, asociarse y unirse a ellos en sus celebraciones y cánticos triunfales? ¿No podemos advertir en nosotros tal cosa, como una mente terrenal, aversión a Dios, como orgullo, desdén, ira o envidia, admiración de nosotros mismos, aptitud para buscar nuestras propias cosas, con el descuido de los demás, o similares? ¿Y no se desaniman entonces nuestros corazones y nos dicen que no estamos listos, que aún no estamos preparados para acercarnos a la presencia divina, o para entrar en la morada de su santidad y gloria? Y entonces, ¿qué tenemos que hacer, sino dedicarnos a nuestro trabajo preparatorio; para poner en hora nuestros relojes, hacer nuestras observaciones, tomar estricta nota de todas las deflexiones y oblicuidades de nuestro espíritu, establecer nuestros métodos y acelerar una reparación? ¿No sabemos que este es el tiempo y el estado de preparación? Y ya que lo sabemos, ¡cómo nos torturaría la locura, por reflexión, de habernos traicionado a una sorpresa! Nadie suele entrar en un nuevo estado sin alguna preparación previa. Cada giro o cambio más notable en nuestras vidas es comúnmente (si es que se sabe de antemano) introducido por muchos pensamientos previos serios. Si un hombre va a cambiar de vivienda, empleo, condición, la discreción común lo pondrá a pensar cómo comportarse con el lugar, negocio, conversación y forma de vida a la que debe dirigirse. Y sus pensamientos serán tanto más intensos cuanto más trascendental sea el cambio. Si ha de salir de su país, sin probabilidad de volver; si está destinado a una estación, cuyas circunstancias conllevan algo de espantoso en ellas; si es para asuntos públicos; si en la asistencia a la corte; ¡Con qué solemnidad y dirección se emprenden tales cosas! ¡Cuán repugnante y avergonzado estaría uno de entrar en tal condición, siendo totalmente incapaz, sin saber en absoluto cómo comportarse en ella! Pero qué cambio tan grande como este puede admitir la naturaleza del hombre, que un alma, encerrada por mucho tiempo en la carne, ha de salir ahora de su mansión terrenal y nunca más regresar; esperando ser recibido en la gloriosa presencia del Rey eterno, e ir a cumplir su parte entre los espíritus perfectos que asisten a su trono? ¡Qué esfuerzo solícito de preparación minuciosa requiere este

Por supuesto, los hombres están de acuerdo con esto, que nunca tienen tales asuntos en sus pensamientos, ¡que no descuidan tanto sus propios cerdos como sus espíritus!

En quinto lugar. Que tengamos mucha conversación con Dios. Él es el único bien pleno y permanente; por lo tanto, el esfuerzo de llegar a ser muy interior con él, concuerda mejor con la expectativa de un estado perfectamente bueno y feliz. Esperar esto y conversar sólo con sombras y cosas que se desvanecen, es esperar ser feliz sin felicidad; o que nuestra felicidad debería sobrevenirnos como algo casual, o ser forzada sobre nosotros al final, lo queramos o no. Pero como nuestra felicidad en Dios no es por su parte necesaria, sino concedida y gratuita, dependiendo del mero buen placer; ¿Es nuestra mejor manera de congraciarnos con él, descuidarlo y vivir como sin él en el mundo; ¿Mantenernos como extraños para Él todos nuestros días, con el único propósito de volar hacia Él por fin, cuando todas las demás cosas que solían agradarnos se hayan desvanecido y desaparecido? Y si pudiéramos suponer su sabiduría y justicia para admitir su perdón tan provocador de desprecio de él, y recibir un alma exiliada forzada fuera de su morada terrenal, que, hasta el último momento de ella, nunca cuidaría de él, ni tendría que hacer con él; sin embargo, ¿puede suponerse que su propia aversión habitual hacia él podría permitirle ser feliz en él, especialmente siendo aumentada y confirmada por su conciencia y sentimiento de culpa?

¿Cómo pueden estos sino hacer que se desvanezca a sí mismo, y en una hostil enemistad y desesperación huya perpetuamente de la presencia divina? ¿Qué puede serle más natural en este caso, que entregarse a vagabundeos solitarios y eternos, como un fugitivo de Dios; fingir estar siempre envuelto en su propia oscuridad, y escondido de su vista; y ser un tormento eterno para sí mismo? ¿Podemos ser felices en aquel a quien no amamos; o amar a quien no conoceremos ni conoceremos?

¿Qué base segura de esperanza podemos imaginar para nosotros mismos, que nuestra reconciliación y relación con Dios alguna vez se llevarán a cabo, si no se hace mientras estamos aquí en el cuerpo? ¿Seremos tan vanidosos como para albergar una esperanza que no sólo atente contra el alcance visible de la revelación de Dios, sino contra la razón misma de las cosas y la naturaleza?

tendencia de nuestros propios espíritus? Ni, en verdad, (si lo consideráramos mejor) podemos posiblemente esperar lo que no deseamos, o hacia lo que nuestro corazón está en un desafecto habitual; de otra manera que (en el presente caso) negativamente, y que nuestra infidelidad nos permite no temer lo contrario. Sí, y la esperanza viva de una bienaventuranza en Dios, como incluye el deseo, inferiría ciertamente esa pureza (la imagen de la suya) que nunca podría dejar de inclinar nuestro corazón hacia él, y que nos habituaría a un curso de caminar con él en comunión interior. Y esto fuera hermoso y agradable a nuestras pretensiones, si, mientras nos declaramos hechos para otro estado, nos retiramos de las cosas que se desvanecen y que envanecen en esto, y destacamos, por nuestra propia elección, el bien estable que esperamos. nunca para disfrutar. Cuán apropiado es pasar por alto todas las cosas con descuido, y llegar aquí con este sentido; "Señor, he mirado todo el mundo en el que me has puesto; he probado cómo esta y aquella cosa encajarán en mi espíritu y en el diseño de mi creación, y no puedo encontrar nada en lo que descansar, porque nada aquí se hace por sí solo". descanso; pero las cosas que me agradan por un tiempo, en cierto grado, se desvanecen y huyen como sombras de delante de mí. He aquí, vengo a ti, el Ser eterno, la Fuente de la vida, el Centro del descanso, el Estancia de la creación. , la plenitud de todas las cosas, me uno a ti, contigo llevaré mi vida y pasaré mis días, con quien pretendo morar para siempre, esperando cuando mi poco tiempo se acabe antes de que pase mucho tiempo

Sexto. Y puesto que nosotros, que vivimos bajo el evangelio, hemos oído hablar del Redentor, de la dignidad de su persona, de su alto cargo y poder, de su misericordioso designio y grandes logros para la restauración de las almas perdidas y perdidas; es muy agradable a nuestras aprensiones de la vanidad de este estado presente, y a nuestras expectativas para el futuro, que nos entreguemos a él: que con toda confianza y amor, devoción y sujeción, nos entreguemos a su feliz conducta, a ser conducidos por él a Dios e instaurados en la bienaventuranza eterna que anhelamos. Su "reino no es de este mundo"; como profesamos no serlo. No podemos ignorar inocentemente que su constitución y marco, sus leyes y ordenanzas, su aspecto y tendencia en sí mismos, y todo el curso de su administración, son

dirigido a ese otro estado. "Él ha vencido a la muerte y al que tenía el poder de ella; ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad; es el primogénito de entre los muertos, y las primicias de los que durmieron;" nos ha abierto el cielo, y él mismo ascendió y entró como nuestro victorioso, triunfante Capitán y Precursor. Está adornado con el más alto poder y ha establecido un reino universal, que se extiende hasta los confines de este mundo apóstata y las regiones más vastas de espíritus inocentes y constantemente leales. Se emiten sus proclamas, se despliegan sus enseñas para invitar y llamar a todos los que están cansados del pecado y la vanidad de este mundo miserable, de su alejamiento de la vida de Dios, de vivir en medio de la muerte, a unirse a él, el Príncipe y Señor de la vida, y ser conducido por él al estado inmortal. Si el presente estado de cosas nos parece deprimente; si consideramos un espectáculo lamentable contemplar el pecado y la muerte reinando, la iniquidad y la mortalidad actuando como sus partes combinadas, para devastar el mundo y dejarlo desolado; si queremos librarnos y escapar de la ruina común, estamos pensando seriamente para el cielo, y ese mundo en el que la muerte no tiene lugar, ni sombra alguna de muerte; rindámonos a él, inscribamos nuestros nombres, pongámonos bajo sus banderas y disciplina, observando estrictamente las leyes y siguiendo la guía de ese nuestro Señor invisible, que será "Autor de eterna salvación para los que le obedecen, y salvos para lo sumo todos los que vienen a Dios a través de él ". ¡Cuán querido debe ser para nosotros! ¡Cuán alegremente debemos confiar en él, cuán obedientemente servirle, cuán fielmente adherirse a él, tanto por su propio bien como por el diseño que tiene entre manos para nosotros; y el agradable sabor del cielo y la inmortalidad que se respira en ambos! Pero si lo descuidamos y desconocemos nuestra relación con él; o si dejamos pasar días y años sobre nuestras cabezas, en los que dormitamos somnolientos; revolcarnos en el polvo de la tierra; y mientras nos llamamos cristianos, olvidamos la razón e importancia de nuestro propio nombre, y no pensamos en estar bajo su llamado y conducta para el eterno reino y gloria: esto es perversamente rechazar lo que decimos (sólo) buscamos; negar y renunciar a nuestras pretensiones de inmortalidad; para arruinar y condenar nuestras propias grandes esperanzas.

Séptimo y último. Es congruente con nuestra expectativa de cosas tan grandes después de la muerte, que vivamos en una expectativa alegre y placentera de ella. Porque lo que necesariamente debe intervenir, aunque no sea agradecido en sí mismo, debe ser considerado como tal por el bien de lo que es. Esto sólo puede, en los mejores términos, reconciliarnos con la tumba, que nuestras mayores esperanzas se encuentran más allá de ella, y no son amenazadas por ella, sino cumplidas. Aunque, en verdad, nada se esperaría de aquí en adelante, sin embargo, tan poco entretenimiento adecuado ofrece este mundo a un espíritu razonable, que el mero cansancio de contemplar una escena de vanidad y locura bien podría hacer aceptable un receso. Porque es cosa tan grata observar la confusión y la prisa del mundo; cómo casi todos se dedican a arrebatar de otro lo que no vale nada; con qué trabajo y arte y violencia persiguen los hombres, que cuando se abrazan encuentran una sombra; ver mortales engañados, cada uno atento a su propio diseño particular, y más comúnmente interfiriendo con el de otro; algunos impuestos por el ingenio excesivo de otros, y todos por su propia locura; unos lamentando sus pérdidas, otros sus breves e insatisfactorias adquisiciones; muchos se complacen en ser burlados y se abrazan contentos a la nube vacía, hasta que llega la muerte y termina la historia, y cesa la agitada agitación, es decir, con tantas personas particulares, no con el mundo; una nueva sucesión que sigue surgiendo, que continúa el interludio, y todavía actúa sobre las mismas partes, ¡ad tædium usque!

¡Qué persona sería que no esté enamorada de la impertinencia y la tontería, lamentaría mucho cerrar los ojos, hacer correr las cortinas y dar las buenas noches al mundo, sin desear jamás ver la mañana de otro día así! E incluso aquellos que tienen el mundo más en su poder, y pueden ordenar lo que les plazca para satisfacer sus apetitos, sin la contradicción y el control de otros, ¿qué podrán disfrutar más mañana que ayer? o el próximo año que este? ¿Vale tanto la pena vivir, para ver a unas pocas personas más doblar la rodilla; extender el poder un poco más; para hacer otro ensayo sobre qué placer puede saborear el sentido en una u otra rareza hasta ahora no experimentada; qué gusto más peculiar proporcionará esta o aquella cosa; y probar el otro plato, o para renovar el mismo

disfruta de nuevo? Aquel cuya imaginación creativa pudiera convertirlo en montañas doradas en un sueño, crearlo un príncipe de las naciones, permitirle disfrutar de los más deliciosos placeres del mundo en la idea, podría, con alguna demostración plausible de razón, ser considerado el hombre más feliz que el que tiene y es todo esto en verdad: porque su trabajo es menor, y sus victorias incruentas, sus placeres no tan impuros. Sin embargo, uno pensaría que para aquellos cuyos máximos logros terminan solo en el placer de sus sentidos, y tienen solo este epifonema: "Ahora sentémonos, comamos, bebamos y seamos felices", un poco de tiempo podría ser suficiente para el negocio. de no más peso; y que ningún hombre, después de haber visto una vez el curso del mundo y probado sus mejores manjares, debería desear mucho una renovación o una repetición prolongada de vanidades tan obscenas.

Pero la mayoría no encuentra el mundo tan amable, y no se ejercita tanto en innovar los placeres como en las miserias (siendo los cambios sus únicos remedios, como habla el moralista); o en llevar (más tristemente) la misma carga de cada día; y dibujando la serie de sus calamidades de la misma manera a lo largo de todo el curso de su tiempo. Y seguramente, considerando estas cosas, no falta lo que podría persuadir a un escéptico, o incluso a un perfecto incrédulo, en cuanto a otro mundo, no tanto para estar enamorado de este. En general, digámoslo así: ¿no es tan bueno no hacer nada como estar ocupado sin ningún propósito? Y otra vez: ¿No es tan bueno ser nada como ser y no hacer nada? La razón sería juzgaría, al menos, que había pocas probabilidades. Pero ahora; si tales consideraciones como se han mencionado bastarían para establecer el asunto en æquilibrio, para equilibrar la balanza; ¿La creencia racional y sobria de una bendita inmortalidad no debe hacer nada para cambiar la balanza? ¿Debe el amor de Dios no hacer nada?

El deseo y la esperanza de un estado perfectamente bueno y feliz, tranquilo y pacífico; de vivir en la región del amor y el placer puros e inocentes; en la comunión de los espíritus santos y bienaventurados (todos muy complacidos, no sólo en su propia felicidad, sino en la de los demás; y todos concentrados en la admiración y alabanza de su Padre y Señor común); en nada debería todo esto alterar el caso con a nosotros; ¿O no significan nada para inclinar nuestras mentes hacia la parte tan indeciblemente mejor?

Me parece, ya que reconocemos tal orden de inteligente (y

criaturas ya felices, incluso nos ruborizaríamos al pensar que deberían ser espectadores de nuestro curso diario y de nuestras inclinaciones (demasiado claramente descubiertas); ¡tan deforme e inaceptable a todas las leyes y dictados de naturaleza razonable! ¡Qué censuras, pensemos, lanzan sobre nuestras locuras! ¿Son grandes esas cosas a sus ojos, que lo son a los nuestros? En asuntos menores (como algunos interpretan ese pasaje) deben evitarse las indecencias, a causa de esos benditos espíritus. 1 Cor. 11:10. No nos avergoncemos, pues, de que disciernan nuestras disposiciones terrenales; y vernos llegar tan de mala gana a su comodidad y estado feliz? Aunque nuestras presentes circunstancias deprimentes no nos permitirán estar en todas las cosas, por el momento, conforme a su elevada condición, debemos, sin embargo, llevarla como candidatos a ella; estudiando para aprobarnos, esperando y anhelando ser transsumidos y acogidos en ella.

Y puesto que tenemos una expectativa tan alta y tan grande, y se entiende y sabe que la misma perfección y fin de nuestro ser no se puede alcanzar de otro modo que despojándonos de nuestra carne sórdida y dejando a un lado esta pertenencia terrenal; que, sin embargo, haya una aversión tan fija y prevaleciente hacia él, es una cosa de lo más inexplicable, y uno de los mayores problemas de la naturaleza. Digo, prevaleciendo: admitir, lo que es como alegar, que una adicción al cuerpo es por inclinación natural; ¿No deberían las leyes de un superior prevalecer sobre las de la naturaleza inferior? y no es el amor de Dios una ley natural superior a la del cuerpo; para quienes aquí nuestro servicio es poco, sí, nuestro perjuicio es mucho; ¿Y de quién es el comercio más deseable que sufrimos una exclusión tan incómoda por las tristes circunstancias de nuestro estado corporal? ¿Somos más cercanos a un pedazo de arcilla que al Padre de nuestros espíritus? Y de nuevo, no es todo lo más cercano a sí mismo; y obligado a poner el amor allí, más que en cualquier cosa inferior (al menos) por muy unida que esté; ya que no puede haber pretensión de tal unión más cercana que la de una cosa consigo misma? ¿Y no son nuestras almas y nuestros cuerpos (aunque unidos, sin embargo) cosas distintas? ¿Por qué entonces nuestras almas, que son capaces de comprender su propio interés, no deberían pensar en eso primero; pretenden la mayoría de su propia perfección y mejora, y comienzan su caridad en el hogar? no es extraño,

que lo que es más débil y más innoble, debería afectar la unión con lo que está por encima de él, y un manantial de vida para él: pero cuando se encuentra pesado, nada impide sino que el ser superior pueda estar bien contento, en términos justos y permitidos, para librarse de la carga.

Por lo tanto, aunque la carne y la sangre se resistan y se encojan ante él, cuando pensamos en dejarlo; sin embargo, conviene a los espíritus inmortales considerar sus propios asuntos, y estar (más principalmente) atentos a lo que será su propio beneficio. Si una criatura tan mezquina como una pulga lamentable, al encontrarla puede extraer un alimento adecuado de nuestros cuerpos, finge morar allí y se resiste a dejarnos; sería una ridícula lástima contentarse con soportar sus molestas velicaciones, porque tememos que el pobre animal sea puesto en sus turnos y no pueda encontrar de otro modo una subsistencia. Es cierto que el gran Creador y Señor del universo no nos ha permitido la libertad de despojarnos de nuestros cuerpos cuando queramos, que de otro modo están en dignidad mucho más por debajo de nuestros espíritus que una criatura tan despreciable debajo de ellos.

Y a su disposición, que ha ordenado esta conjunción por un tiempo (ya sea que la consideremos como un efecto de su simple placer o de su desagrado), debemos rendirle una terrible y paciente sumisión, hasta que esta parte de su providencia hacia nosotros haya terminado. siguió su curso y alcanzó sus fines. Y luego, ¡cuán bienvenida debe ser la hora de nuestra descarga y libertad, de parte de un asociado tan problemático! que por ninguna otra causa, sino por el deber hacia el Autor de nuestros seres, uno soportaría más, que tener las alimañas más nocivas y ofensivas siempre depredando sobre su carne. Por lo menos (aunque la consideración de nuestra propia ventaja no tenía cabida en nosotros en este asunto), el mismo sentido del deber hacia nuestro gran Creador, que debería hacernos pacientes de una morada en el cuerpo mientras Él así lo quiera, debería también formar nuestros espíritus para una partida voluntaria cuando sea su placer liberarnos de allí. Pero que ni la consideración a su placer, ni nuestra propia bienaventuranza prevalezcan contra nuestro amor al cuerpo, es la cosa inexplicable de la que hablo. Y alegar sólo, en el caso, la corrupción de nuestras naturalezas, que nos enfrenta a Dios ya nosotros mismos, es justificar la cosa por lo que es en sí mismo lo más injustificable; o más bien (como algunos que han pretendido llamarse filósofos han tenido la costumbre de agilizar las dificultades, resolviendo las

materia en el curso habitual de la naturaleza) para resolver la cosa en sí misma, y decir, es así, porque es así, o suele ser; y de hecho, para confesar claramente que no hay que dar cuenta de ello: siendo esto mismo sobre lo que objetamos, que la naturaleza razonable debería prevaricar así; la vulgaridad de lo cual no quita la maravilla, sino que la hace más terrible y asombrosa.

La verdad es que la incongruencia en el presente caso solo se resolverá mediante una reparación; por esfuerzos fervientes con Dios y con nuestras propias almas, hasta que nos encontremos recobrados en una mente recta; en la constitución y compostura de las cuales una generosa fortaleza tiene un ingrediente necesario; que por lo general por motivos inferiores no rechaza ningún cambio de clima, y llevará a un hombre a países desconocidos, y a través de los mayores peligros, en la búsqueda de empresas honorables de un tipo muy inferior. Se considera una cosa valerosa y varonil, ser en el temperamento de la mente de uno un ciudadano del mundo (es decir, de este inferior;) pero ¿por qué no más bien del universo? Y se considera mezquino y vil que uno esté tan confinado por su miedo o pereza a ese lugar de tierra donde nació, que no por un incentivo justo para mirar hacia el exterior, e ir por propósitos dignos y garantizados (sí, si es eran sólo una honesta ventaja propia) hasta los confines de la tierra: pero ¿no nos atrevemos a aventurarnos un poco más lejos? Estos son límites demasiado estrechos para un espíritu verdaderamente grande. Cualquier cosa que esté teñida con tierra, o con sabor a mortalidad, deberíamos considerarla demasiado mala para nosotros; y no lamentarnos, que el cielo y la inmortalidad no se alcanzan sino muriendo: así el amor de nuestras propias almas, y el deseo de un estado perpetuo de vida, deben triunfar sobre el miedo a la muerte. Pero puede que algunos aleguen que es sólo un amor solícito a sus almas lo que les hace temer este cambio. Saben que no les irá igual a todos en lo sucesivo, y no saben cuál será su propia suerte. ¿Y es este nuestro caso? Entonces, ¿qué hemos estado haciendo todo este tiempo? ¡Y cuánto nos preocupa no perder más tiempo! Pero muy a menudo un espíritu terrenal acecha bajo este pretexto; y los hombres alegan su falta de seguridad en el cielo, cuando el amor de esta tierra, que no pueden soportar pensar en dejar, domin

Y, (un poco para discutir este asunto), ¿qué tendríamos que asegurarnos? ¿Esperamos una visión o una voz? ¿O no debemos probarnos a nosotros mismos? y buscar tales caracteres en nuestras propias almas, que puedan distinguirnos y señalarnos para el cielo? Entre estos, ¿qué puede ser más claro y cierto que esto, que tenemos nuestros corazones muy puestos en ello? Los que tienen sus "conversaciones en el cielo, pueden esperar de allí al Salvador, quien cambiará sus cuerpos viles (los cuerpos de su humillación, o estado bajo y abyecto) y los hará semejantes a su propio cuerpo glorioso". Fil. 3:20, 21. "Dios, que pagará a cada uno conforme a sus obras, dará a los que perseverando en bien hacer, busquen honra, gloria e inmortalidad, la vida eterna".

ROM. 2:6, 7. Los que "ponen sus afectos (o mentes) en las cosas de arriba, no en las de la tierra; cuando Cristo se manifieste, quien es su vida, aparecerá con él en gloria". Colosenses 3:2–4. No confunda la noción del cielo, o la bienaventuranza del otro mundo; no os la hagáis una composición de placeres sensuales; enténdalo (principalmente) como consistente en la perfecta santidad y comunión con Dios, (como su propia palabra lo representa, y como la razón ha enseñado incluso a algunos paganos a considerarlo;) y no puede juzgar por su propio derecho por un más seguro y claro gobiernan, que esa eterna bienaventuranza será de ellos, cuyos corazones están verdaderamente inclinados y dirigidos hacia ella. Admitamos entonces este principio; y ahora razonemos con nosotros mismos a partir de esto: se nos ha hecho un descubrimiento de un estado futuro de bienaventuranza en Dios, no como deseable solo en sí mismo, sino como alcanzable y posible para ser disfrutado (habiendo abierto el Redentor el camino para por su sangre, y nos ha dado, a la vez, tanto la perspectiva como la oferta de ello,) para que esté ante nosotros como el objeto de un deseo razonable. Ahora bien, nuestros corazones están tan cautivados con este descubrimiento, que sobre todas las cosas deseamos este estado, o no. Si lo son, lo deseamos más que nuestras estaciones y disfrutes terrenales, estamos dispuestos a dejar el mundo y el cuerpo para disfrutarlo; y así nos acusamos falsamente de una aversión predominante a este cambio. Si no lo son, es cierto que no estamos dispuestos a morir bajo ningún concepto: pero la causa se asigna falsa o parcialmente. No es tanto porque no estemos seguros del cielo, sino (como se sospechaba anteriormente) porque amamos más este mundo, y nuestro corazón se centra en él como

Por lo tanto, vemos cuán irracionalmente se dice esto a menudo, no estamos dispuestos a cambiar de estado, porque no estamos seguros. La verdad es que no están seguros porque no están dispuestos; ¿y qué sigue entonces? No están dispuestos, porque no están dispuestos. Y así pueden disputarse interminablemente, de desgana en desgana. Pero, ¿no hay forma de salir de este círculo infeliz?

Para ello, entiéndase mejor el caso: o esta doble indisposición debe referirse a la misma cosa, o a diversas: si a la misma cosa, no es sentido; dicen lo que no significa nada; pues si asignar una causa de su renuencia a abandonar el cuerpo, decir porque no están dispuestos, (a saber, de eso), es no asignar ninguna causa, porque nada puede ser la causa de sí mismo: pero si se refieren a cosas diversas, y dicen, no quieren salir del cuerpo, porque no quieren dejar la tierra por el cielo; el caso es claro, pero triste; y no alterable, sino con la alteración del temperamento de sus espíritus. Por tanto, apliquémonos todos (ya que con nadie esto se hace tan plenamente, que no es necesario más) al serio esfuerzo de purificar nuestras almas de la escoria de este mundo, y enamorarnos de la pureza y bienaventuranza del cielo, así el la causa y el efecto se desvanecerán juntos; encontraremos esa idoneidad e inclinación en nuestros espíritus a esa bienaventuranza que nos puede dar la base de una cómoda persuasión de que nos pertenece; y luego no estar dispuesto, aunque muchas muertes se interpusieran en nuestro camino, a abrirnos paso para alcanzarlo.

-----

## LIBROS DE MONERGISMO

La vanidad de esta vida mortal, por John Howe, Copyright © 2022

Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacional y Panamericana de Derechos de Autor. Mediante el pago de las tarifas requeridas, se le ha otorgado el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, modificada o almacenada

en o introducido en cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito de Monergism Books.

Ediciones ePub, .mobi y .pdf de abril de 2022. Las solicitudes de información deben dirigirse a: Monergism Books, PO Box 491, West Linn, OR 97068